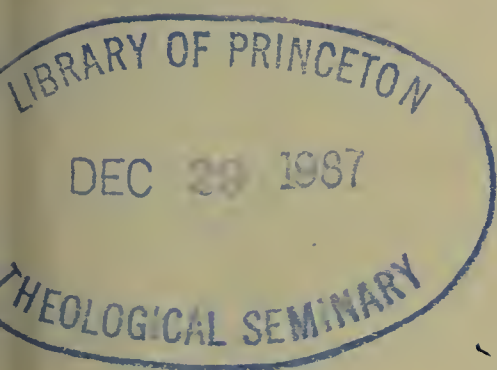


Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

<https://archive.org/details/estudios6651unse>

ESTUDIOS



SUMARIO

EDITORIAL: "NUESTRA TRAGICA REALIDAD SOCIAL".—*RAFAEL GANDOLFO*: "EL PRINCIPIO DE NUESTRA UNIFICACION".—*ROQUE ESTEBAN SCARPA*: "PASION DE MI SEÑOR".—*EDUARDO HAMILTON*: "EL SALARIO FAMILIAR ¿ES DE JUSTICIA CONMUTATIVA?".—*ALFREDO LEFEBVRE*: "EN TORNO A LA CUPULA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA".—*LUISA LIRA*: "ENEMIGOS PUBLICOS". — LETRAS — HISTORIA — VIDA INTERNACIONAL — REVISTAS — LIBROS.

65

[No. 64 unavailable]

ESTUDIOS

MENSUARIO DE CULTURA GENERAL

REDACCION:

JAIME EYZAGUIRRE

Casilla 13370

Santiago de Chile

| | | | |
|---------------------------------------|----|------|-------|
| SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS | \$ | 35.— | |
| „ „ „ „ EXTRANJERO | | 1.50 | Dólar |
| NUMERO SUELTO | \$ | 3.00 | |
| „ ATRASADO | \$ | 4.00 | |

**SE RECIBEN SUSCRIPCIONES EN:
LA ADMINISTRACION**

HUERFANOS 972 — OFICINA 501
SANTIAGO DE CHILE

ATENCION: DE 16.30 a 19 HORAS

AÑO VI **N.º 65**
ABRIL **DE** **1938**



En su sección **Editorial**, "Estudios" aborda el grave problema de las condiciones del trabajador manufacturero en la capital de la República y da a conocer los resultados que fluyen de las encuestas realizadas por el equipo de la Medicina del Trabajo de la Caja de Seguro Obligatorio.

Rafael Gandolfo, en páginas profundamente reflexivas, en que se hermanan la filosofía y el arte, busca el principio de conciliación "en ese perpetuo conflicto entre la vida activa y la contemplativa, entre la ciencia y la metafísica, entre la metafísica y la poesía, en fin, entre la esencia del hombre y la obra de sus manos".

Roque Esteban Scarpa, proporciona trozos de honda visión mística y refinado estetismo al adherir su idiosincrasia literaria de novedoso corte al tema de la Pasión de Cristo.

Eduardo Hamilton, resuelve con fuerte argumentación, doctrinal un problema de extraordinarias proyecciones prácticas: ¿es el salario familiar de justicia conmutativa? ¿Tiene derecho el obrero, aunque la ley expresamente no lo establezca, a exigir de su patrón una remuneración proporcional a sus cargas de familia? ¿Y al no pagar el patrón el salario familiar, viola la justicia del contrato y retiene así lo ajeno?

Alfredo Lefebvre, revela su aguda sensibilidad y solidez de pensamiento al abordar en original postura a los místicos españoles.

Luisa Lira, que como Visitadora Social está en permanente contacto con los graves problemas de nuestro pueblo, señala las condiciones de opresión y abandono en que vegeta el niño proletario.

Breves artículos sobre actualidad literaria e internacional y abundante información bibliográfica, completan el contenido de este número.

A B R I L D E 1 9 3 8

NOTA EDITORIAL

Nuestra trágica realidad social

PREOCUPACION constante y sostenida de este mensuario ha sido la de informar periódicamente a sus lectores de los grandes problemas nacionales, interesado como está en mover y estimular las voluntades a su solución y en contribuir de esta manera, en alguna forma, al bienestar común.

Y de todos los problemas que pesan sobre la dignidad del patriota y la conciencia del cristiano, ninguno por cierto de más hondura y trascendencia que el relativo a la situación y estado de las masas proletarias. Ni ventajas políticas, ni económicas, ni propósitos de adulo, ni móviles de odio, nos mueven, como ya lo hemos dicho en repetidas ocasiones, a tocar este punto neurálgico que divide a los hombres en grupos irreconciliables y alimenta en ellos deseos animales de destrucción. Interesados tan sólo en exhibir la verdad desnuda y luchar por los fueros de la justicia, que jamás se ha confundido con las conveniencias de partidos o de clases, y deseosos en fin de dar un testimonio efectivo de libertad cristiana en un mundo de apostasía y fariseísmo, hemos querido una vez más reabrir este debate y señalar en esta oportunidad a la consideración de los estudiosos los resultados obtenidos por el Servicio de Medicina del Trabajo de la Caja de Seguro Obligatorio en su examen de la población obrera de Santiago, resultados que aparecen incluidos en el "Boletín Médico-Social", de Enero y Febrero últimos, de dicho organismo de previsión.

Los Dres. Cárdenas Montero y Marín Tagle, pertenecientes a los equipos de la Medicina del Trabajo, han realizado un estudio minucioso del personal de la Fábrica de Vidrios "La Yungay", Manufacturera de Caucho, Central de Leche, Manufactura de Algodón "Yarur Hnos.", Fábrica de Gas, y Fábrica de Cartuchos, establecimientos que reúnen un total de dos mil seiscientos un operarios. De la investigación practicada se desprende que el salario medio de los 2.601 operarios es de **\$ 12,76 diarios**; "que de dos mil obreros con datos sobre salario, hay un 64% de ellos cuyo jornal oscila de 6 a 16 pesos diarios; que según estas cifras, más

del 50% de los obreros de fábricas no gana lo suficiente para que pueda vivir una sola persona, ya que encuestas realizadas este año por Visitadoras Sociales dan como **salario mínimo vital diario, catorce pesos ochenta y siete centavos, para un obrero mayor de 16 años**", en Santiago; "que los obreros restantes, aunque aparentemente ganan lo necesario para vivir, sin embargo, un 50%, constituyen familias, por lo que sus gastos son 2,3 o más veces el salario diario, según el número de hijos que tengan, etc."

Según los Dres. Cárdenas y Marín la familia media de los obreros por ellos examinados se compone de padre, madre y tres hijos, y de acuerdo con sus cálculos el aporte medio de la madre y de los tres hijos es de \$ 2,50 diarios, lo que da un total de \$ 10, que sumados a los \$ 12,76 que gana diariamente el marido, arroja una renta media familiar por día de **\$ 22,76** para cinco personas. Ahora bien, el salario mínimo de la familia para este caso debería ser de "**\$ 52 diarios**, considerando que los tres hijos gastan el equivalente de uno y medio adulto; de esto se desprende — concluyen los médicos informantes — que las entradas de que disponen nuestros encuestados se encuentran reducidas a menos de la mitad de lo que debieran tener de acuerdo con el valor adquisitivo de nuestra moneda en el año en curso".

En cuanto a las condiciones de salud de los 2.601 obreros analizados son las siguientes: 522 obreros sanos (22,2%) y 2.029 enfermos (77,8%). De estos últimos, 750 (29,79%) deben ser considerados incapacitados para el trabajo, en forma total unos y parcial otros. Los Dres. Cárdenas y Marín indican las siguientes causas como determinantes del anterior estado de salud: "1º mal estado nutritivo que crea terreno favorable para el desarrollo de diferentes afecciones, determinado por el salario insuficiente; 2º habitaciones anti-higiénicas que favorecen el mal estado nutritivo; 3º factores nocivos de las diferentes industrias; 4º ignorancia de nociones elementales de higiene, principalmente sobre alimentación; y 5º alcoholismo; lo consideramos dependiente, en gran parte de la miseria en que viven y del ningún medio que arbitran los patronos por educarlos al respecto, salvo raras excepciones; se suma a lo anterior el crecido número de bares y cantinas que existen en toda la ciudad".

La Dra. Victoria García Carpanetti, del mismo Servicio de la Medicina del Trabajo, ha hecho un examen de noventa mujeres que trabajan en las siguientes fábricas de Santiago: Yarur Hnos. (Textiles), Zócimo Alcalde (Frutos del país), Antonio Sala (Tintorería), Lavandería, de Bascuña 199, Fábrica de Caramelos, de Molina 516, Fábrica de Sobreros, de Girardi y Cía. y Cristalerías Chile. Tomando al azar cincuenta entre las mujeres encuestadas, todas ellas

madres de uno o varios hijos vivos y cuya edad oscila entre 20 y 40 años y haciendo un cuidadoso estudio de las condiciones de su hogar, llegó entre otras a las siguientes conclusiones:

1ª Condiciones higiénicas de la vivienda, considerando el número de personas que habitan, el número de piezas y camas, condiciones de salubridad, etc.: mala vivienda, 21; regular, 20; buena, 9.

2ª Cuidados del hogar en ausencia de la madre: De los 50 hogares, 10 son cuidados por algún miembro cercano de la familia; 12, por vecinas de buena voluntad; 5, por personas extrañas, a las que se les paga por esto un sueldo medio de \$ 40 mensuales; y 23, es decir casi el 50%, quedan totalmente abandonados.

3ª Abortos e hijos: De las 50 mujeres, 20 habían tenido abortos en un número total de 24, antes de comenzar a trabajar. Después de trabajar, estas 20 han tenido un número total de 40 abortos. De las 50 mujeres, antes de trabajar, 28 han tenido un total de 88 embarazos de término, con niño vivo y estas 28, después de trabajar, han tenido sólo 24 embarazos de término. De las 50 mujeres hay un total de 124 hijos vivos y de 94 fallecidos. De estos 124 hijos vivos: 11 han sido y son sanos; 15 de salud satisfactoria y 98 han sido portadores de estados patológicos anteriores (debilidad congénita, raquitismo, lúes, trastornos nutritivos, etc.) o actuales (tuberculosis, trastornos nutritivos, afecciones de la piel, etc.) En cuanto al vestuario y alimentación de los niños de los 50 hogares, en 4, es bueno; en 18, regular y en 28, malo.

“El salario de nuestras trabajadoras — apunta la Dra. García Carpanetti — es siempre bajo y está muy lejos de guardar relación con el standard mínimo de vida. Siempre es inferior al del hombre, a pesar de que los reglamentos exigen que sea igual en ambos sexos, a igualdad de trabajo. Pero esta disposición no resulta aplicable entre nosotros porque habitualmente las labores son diferentes para el hombre y la mujer, aún en los mismos establecimientos, dedicándose éstas a trabajos más sencillos o minuciosos (tejedoras, bobinadoras, aplanchadoras, lavanderas, etc.) Hay mujeres con hijos que reciben una remuneración inferior a \$ 20 semanales. A este factor se agrega el que la mayoría trabaja a trato, o sea, según la labor desarrollada es el monto de lo que reciben, lo que las obliga a trabajar efectuando de continuo un esfuerzo máximo con el objeto de alcanzar una mejor remuneración y si, por circunstancias diversas, disminuye su actividad, su remuneración es también menor. Otras veces, ni siquiera tienen oportunidad de esforzarse en hacer más labor, pues cuando las necesidades comerciales del esta-

blecimiento lo exigen (menor demanda) se les restringe el trabajo y, por tanto, el salario. Otro aspecto del problema es el que se refiere a aquella trabajadora que teme decir al emplearse, el número exacto de hijos que tiene, pues obliga así al patrón a pagarle un mayor subsidio familiar, lo que lo induce a rechazarla o despedirla. Muchas nos han pedido, al hacer la encuesta social, que les guardemos el secreto al respecto”.

La Dra. María Guajardo de Atria, que pertenece asimismo a los equipos de la Medicina del Trabajo, ha estudiado también el problema del trabajo femenino en Santiago, llegando a las siguientes conclusiones:

1ª El trabajo femenino en Chile es supletorio del masculino. En las encuestas de la Fábrica Yarur alcanza al 72,4% y en el trabajo a domicilio sube a 76,4%.

2ª Las causas principales de esta obligada suplencia femenina son por orden de importancia: a) los bajos salarios: en el 23,5% de los casos de la Fábrica Yarur y en el 41,1% de los casos de trabajo a domicilio; b) el abandono del hogar: en el 16,9% de los casos de la Fábrica Yarur y en el 11,7% de los casos de trabajo a domicilio; c) muerte: en el 14,6% de los casos de la Fábrica Yarur y en el 5,8% de los casos de trabajo a domicilio; d) la mantención de padre o hermano y la cesantía de los mismos, en ambos rubros con cifras inferiores al 6%.

3ª Sólo el 10,8% de las mujeres que trabajan no tienen cargas de familias.

Por último, en cuanto a las condiciones de salud de la mujer obrera la Dra. García Carpanetti, dice lo siguiente: “Todo el personal examinado en una de las grandes fábricas de la Capital, con excepción de 8, que suma un total de 420 obreras, trabajan alternadamente una semana de día y otra de noche. Ignoramos si dicha fábrica tiene autorización especial al respecto. En los meses de invierno último, la morbilidad entre ese personal fué enorme, especialmente por afecciones agudas del aparato respiratorio adquiridas al salir de madrugada, desde un local calefaccionado, al exterior. Muchas me solicitaron eximir las del trabajo nocturno, pues se quejaban de astenia marcada y fatiga y enflaquecimiento de 2 a 3 kilos al término de la semana de trabajo nocturno, sin estar propiamente enfermas. Interrogándolas si dormían el tiempo suficiente durante el día, nos contestaban que las obligaciones de su hogar y el bullicio del conventillo o cité en que habitaban, les impedían en absoluto conciliar el sueño necesario, tanto que muchas en la jornada siguiente se dormían sobre su labor. Agréguese a esto que el personal de esa fábrica es probablemente el que está en mejores condi-

ciones físicas y de salario comparativamente con otros establecimientos similares”.

No creemos necesario acumular más citas y referencias acerca de nuestra realidad social. Nos parece suficiente todo lo expuesto para concluir que la situación del trabajador manufacturero en la más importante y poblada ciudad de la República se haya aún muy distante de tocar los dinteles de la justicia. Carece del salario vital, de la habitación digna de los seres humanos, se viste miserablemente y se alimenta en forma insuficiente. ¿Puede entonces pedírsele a este cuerpo abatido y debilitado, víctima del azote implacable del hambre y de la enfermedad, que sienta optimismo por la vida y ame y fraternice cristianamente con los que rebozan salud, fortuna y comodidad? ¿No será este estado de miseria inmerecida el que más prosélitos capta para la causa del comunismo, que es el recurso de la desesperación y del odio?

Hace pocos días “La Unión”, de Valparaíso se detenía a analizar la causa del creciente aumento de la representación comunista en nuestros municipios, que de cinco regidores con que contaba en todo el territorio ha subido su cuota a cerca de sesenta ediles. “Error sería pensar — estampó entonces el diario porteño — que el progreso del comunismo es sólo la obra de los agitadores. Las dificultades en la lucha por la existencia son las que colocan al hombre desesperanzado en las filas del extremismo. El político corto de vista quisiera con un latigazo aniquilar esos factores de desconcierto que han venido a crear nuevos problemas que parecen sin solución; pero precisamente la aplicación de nuevas medidas de represión es la que en otras partes del globo dió a los movimientos sociales giros revolucionarios”.

Es pueril imaginar como lo hallan algunos políticos que el comunismo en Chile desaparecerá prohibiendo a sus secuaces el derecho a ser elegidos para los cargos de representación popular, o decretando desde las alturas del Gobierno la drástica exterminación de los que sustentan su doctrina.

Aunque se equipe toda una policía para cazar al comunista, aunque se confíe en el mágico poder del gobernante que dotado de energías excepcionales arremeterá sin contemplaciones contra los sustentadores de la disociadora doctrina, nada se habrá conseguido si las condiciones inhumanas en que vegeta gran parte de nuestro pueblo se mantienen por el egoísmo y la ceguera de los que están gravemente obligados a subsanarlas. Las medidas represivas podrán en un principio dar la sensación de eficacia, pero bien pronto la reacción contraria se hará sentir con mayor intensidad y violencia para probar, aunque tardé, a los obsccados

que lejos de haber herido al mal en sus raíces, sólo se limitarán a ahondarlo, al otorgar a los cabecillas comunistas la dignidad de mártires de una causa justa.

El comunismo es el castigo natural y lógico de la sociedad capitalista liberal que sustituyó la caridad por el afán de lucro y sacrificó la dignidad humana — imagen de la dignidad de Dios — a la codicia ilimitada, de raíz demoníaca. Y la sociedad prevaricadora no se librará de esta amenaza de destrucción mientras no encuentre otra vez el Principio fundamental de toda unidad, mientras el dogma de la común paternidad divina de los hombres, generador de la más pura y auténtica caridad, no vuelva a ser pesado y vivido por los cristianos en toda su intensidad y hondura.

El Principio de Nuestra Unificación

por Rafael Gandolfo

Toda la vida se nos pasa desgarrada por una doble y contradictoria necesidad, por un doble movimiento: salir de nuestra alma, extraviarnos en las cosas; y volver a nosotros, a nuestro centro interior. No podemos vivir sin entregarnos a lo de fuera, sin adentrarnos en ello y mezclar nuestra sangre viva a la vida de todos los seres. Pero tampoco podemos vivir sin recogernos en nuestra hondura, sin reintegrar el universo entero a la substancia de nuestro espíritu.

Es ese ritmo de locura, de extravío y de recelosa prudencia lo que llena nuestro movimiento vital a través del tiempo.

Pero ¿qué resulta definitivamente de eso? No es siempre la tranquilidad, la reconciliación de nuestra naturaleza. Nos entregamos al mundo, nos damos a sus formas múltiples con la secreta esperanza de hallarnos otra vez a nosotros mismos, nuestra propia figura, esto es, con la secreta esperanza de re-crearlo todo a nuestra imagen y semejanza. Nos damos a las cosas para hallarnos a nosotros mismos; para que lleguen a ser como el espejo límpido de nuestra conciencia y más todavía, como la prolongación y el complemento de nuestra humanidad.

Y es esto lo que buscamos exclusivamente al sumirnos dentro de las cosas o al asumir las cosas dentro de nosotros: humanizarnos, prolongar nuestra esencia humana en su pura línea: no perdemos en las cosas sino "ser como dioses creadores". Serlo todo y uno a la vez como Dios. Para ser todo vamos a las cosas y las incorporamos; para ser unos, las volvemos sobre nosotros fundiéndolas en nuestra unidad espiritual.

Y es verdad que este segundo movimiento es el que nos falla casi siempre; nos quedamos perdidos en esa variedad de acontecimientos y seres, no sabemos qué hacer con ellos, aún sintiendo necesidad de convivir con sus formas. Y por eso, ese contacto con el mundo acaba por deshumanizarnos, por hacernos olvidar nuestra propia figura y nuestro propio destino.

No hay otra cosa en esto sino una manifestación de lo trágico en el hombre, de eso trágico que es su materia infiltrada en lo vivo de su espíritu, materia que no es solamente compañera de nuestro yo, sino realidad consubstancial al mismo. En cierta manera se reproduce en el hom-

bre el fenómeno mismo de la vida orgánica. A medida que su individualidad se desenvuelve, su energía vital se dispersa y se consume, de tal manera que el punto preciso de su plena expansión es también aquél en que comienza su disgregación. He aquí lo que observamos a través de la historia en los grandes ciclos de las culturas, en la sucesión de las instituciones y de los sistemas y lo que también percibimos dolorosamente en el fluír de nuestra conciencia individual. Hay un momento en la vida del hombre natural en que todos sus elementos detienen su ascensión a la unidad y parecen querer volver al primitivo aislamiento y soledad.

Humanizarnos; no dispersarnos con nuestra energía espiritual, es lo que queremos, porque humanizarnos es concentrarnos, es superar las cosas todas, sus fuerzas todas, y no abatirnos ante ellas. Por eso no anhelamos un crecimiento cualquiera a la manera del vegetal o del animal, que lleva envuelto su propia aniquilación; anhelamos un crecimiento puro, que nos restituya a nosotros mismos, que intensifique nuestra unidad interior. Y por eso quisiéramos que no se perdiera ni un solo suspiro, ni un solo deseo, ni una sola palabra; quisiéramos que todo volviera sobre nosotros mismos en el seno de un movimiento sin derivación su interrupción. Pero la condición del hombre es otra. Aún dentro de sus actividades espirituales. La de verificarse necesariamente una cierta dispersión. Las funciones especulativas arrastran al espíritu hacia una materia que no es la de las funciones prácticas. La actividad económica va hacia una materia que no es la de las ciencias puras y entre éstas cada una exige del espíritu una delimitación o especialización de su fuerza. Por encima de todo, tanto una actividad como otra nos conducen fuera de nuestro centro espiritual, fuera de aquel punto íntimo que es nuestra personalidad, nos desagregan en cierta manera, puesto que no nos integran absolutamente a nosotros mismos.

La tragedia de la materia prima de que habla Maritain se resuelve en el hombre en esa profunda disociación interior, en ese perpetuo conflicto entre la vida activa y la contemplativa, entre la ciencia y la metafísica, entre la metafísica y la poesía: en fin, entre la esencia del hombre y la obra de sus manos.

Un problema semejante no tiene solución humana. Se puede decir que el hombre ha agotado todas las posibilidades a través de una vasta experiencia. Ha variado la concepción filosófica de hombre desde el platónico espíritu, manejando el cuerpo como una cabalgadura hasta el "homo faber" de Marx, absorto en sus necesidades fisiológicas.

Han variado igualmente los métodos y recetas desde la panteística identificación con el universo hasta el solepsismo más absoluto. Pero todas estas soluciones olvidaban simplemente que existe una enemistad original entre el universo y el hombre, entre el hombre y su propia carne y sangre, una discontinuidad irreductible para los instrumentos humanos. Las relaciones del hombre con el cosmos, las de su propio espíritu con la totalidad de su ser están regidas por una ley trascendente a las construcciones y a los artificios humanos. Porque en verdad la naturaleza del hombre es, según la expresión de Scheler, el cruce de las esencias de todas las cosas, la convergencia del mundo entero según todas sus formas. Pero al mismo tiempo es este un mundo sobre el que pesa una maldición divina, la maldición del Génesis, que lo esteriliza y lo separa del hombre. Y no es mayor la resistencia de la tierra para otorgar su fruto al esfuerzo corporal humano, que su resistencia del espíritu, para revelarse, para reflejar la imagen humana sin destruirla, o deformarla. Ha sido el destino de todos los movimientos espirituales en la historia desde el tiempo en que el vedismo comenzaba a engendrar el bramismo hasta la gran revolución renacentista del siglo XVI, acabar por someterse a fuerzas ciegas, inhumanas, corrosivas de la personalidad humana. Como escribe Berdiaeff, la energía creadora del hombre, unificadora del mundo, acaba por pulverizarse, asimilándose a las grandes fuerzas naturales del mundo físico.

Y sin embargo ese principio de reconciliación y de unificación existe. No está en el hombre, dentro de su substancia, dentro de su posibilidad creadora. Está a infinita distancia de su energía activa, pero próximo, inminente a su miseria. Porque Cristo según San Pablo es el que reconcilia con su sangre las cosas de lo alto y las de lo bajo, el cielo y la tierra, la humanidad y la Divinidad. Sólomente en El hallamos el principio capaz de realizar integralmente los predicados específicos de nuestra esencia. Porque de El descende la gracia, forma a la vez immanente y trascendente al hombre, vivificación superior de nuestra vida más alta, actualidad suprema del hombre que realiza el misterio insondable de concentrar y dar unidad a las potencias humanas y a la vez desbordarlas infinitamente.

Queremos permanecer lo que somos: anhelo indestructible de nuestra hondura misma. Queremos salvar el nudo íntimo de nuestra individualidad; no confundirnos, no absorvernó en lo que nos salva nuestra imagen personal. Pero lo que somos fundamentalmente no es esa antojadiza figura, creación nuestra. ¿Acaso no ansiamos también ser el todo de todo, vaciarnos en la universalidad del ser, comulgar con todas sus diferencias? He aquí por qué la gracia descende

a lo íntimo de nuestra personalidad, y se funde con esa intimidad: coge a lo humano en su verdadero centro, en su punto exacto de convergencia donde lo múltiple es **uno**, es el Yo profundo e incomunicable. Allí se configura a nuestro molde, se hace complemento perfecto de lo que somos, realización plena de nuestra individualidad.

Pero al mismo tiempo la gracia introduce nuestra vida en el misterio de una vida más alta, la vida divina. Nos arranca de nuestro centro espiritual, para centrarnos en el eje de la misma vida de Dios, vida del Dios Encarnado. El justo por la gracia se coordina directamente al Verbo hecho carne; al Verbo que nos crea y nos redime. Ya su movimiento vital, la orientación de su luz y de su amor no han de permanecer exclusivamente **suyos**, ya no han de partir de sus solas profundidades humanas. Su energía, su luz, su amor son ya indisolublemente de él y de otro, de él criatura y del Verbo hecho carne. El justo cumple al pie de la letra la máxima del Evangelio: "Quien pierde su alma la ganará".

Pero nadie comprende algo de este misterio sublime, que es la restauración del hombre en la gracia, si por la fe no penetra la naturaleza de este principio sobrenatural y las leyes propias de su operación. Si la gracia puede deslizarse tan hondamente en la substancia humana, si puede tocar el nudo inviolable de su personalidad sin destruirlo, es porque descende de lo más hondo de Dios. La gracia brota del Verbo, de Luz increada, brota del amor divino, de aquella Luz y de aquel Amor en que fuimos concebidos antes de toda eternidad, antes de ser lo que somos. La gracia nos devuelve por su propio peso, allí donde según San Juan, todo lo creado es vida, al lugar de nuestra natividad. Por ella nos incorporamos a la operación eterna en la que Dios se conoce y se ama, y en la que produce y dirige todas las cosas. Por eso sólo en la gracia nuestra figura humana halla su expansión, su fijación definitiva: se halla a sí misma, inviolable e infinita.

Tal como lo define la Teología, el principio sobrenatural de vida implica a la vez una unificación espiritual de nuestro ser y una virtualidad superior donde tienen cabida todas las diferencias. Porque la gracia es espíritu; y por ella habita en nuestra alma el Espíritu de Dios, según lo que afirma San Pablo: "Los que se rigen por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios". Pero este mismo Espíritu es el que encierra todas las cosas en la amplitud de su poder: "attingens a fine usque ad finem". El mismo es el que prepara el corazón del justo para la posesión del universo entero. "Porque todas las cosas son vuestras, anuncia San Pablo, bien sea Pablo, bien Apolo, bien Cefas, el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro: todo es vuestro".

Gran palabra es ésta. El justo por la gracia toma posesión del universo entero y no sólo de sus formas, sino de su vida misma, de su movimiento complejo en la historia: "Omnia vestra sunt", sin excepción. Palabra preñada de consecuencias que importa desentrañar.

No es tan sólo el cumplimiento de aquel "desiderium naturæ", de que nos habla el Doctor Angélico, que nos hace hambrear por la visión de Dios, lo que nos procura la gracia en su plena expansión. Se anticipa también al día inmóvil de la eternidad, para ajustar nuestras energías al curso tumultuoso y variable del tiempo. Si nuestro espíritu es en realidad, como dice Santo Tomás, en su condición terrena, un "horizonte entre la eternidad y el tiempo", la gracia se introduce en ese cruzamiento trágico.

Y la vida presente es toda entera un ponernos en contacto con lo contingente, con lo múltiple, con lo particular, con lo que tiene razón de medio y no de fin, para ir superándolo en provecho de nuestra humanidad. Y he aquí por qué la gracia por su propio peso tiende a colaborar con las actividades humanas, tiende a informarlas sin destruirlas. Y aquí precisamente comienza a deslumbrarse el fin de ese conflicto entre la contemplación y la acción, entre la vida religiosa y la temporal, entre la esencia humana y su obra en el tiempo. En virtud de la gracia todo acto humano puede contribuir sin pérdida al proceso de humanización, que es la perfección y el integramiento de nuestra substancia, y no sólo extrínsecamente por la rectitud de intención, sino también por una elevación intrínseca que hace converger toda operación hacia el crecimiento de nuestra vida humana. Y esto es simplemente realizar en el plano de la actividad, en el tejido de la acción misma algo paralelo a lo que la gracia realiza en el plano de la substancia. Ella eleva **intrínsecamente** el espíritu, lo penetra hasta sus raíces mismas. Y esto debe manifestarse en la actividad misma del hombre justificado, si el principio sobrenatural que lo anima actúa según sus exigencias lógicas. De aquí que el cristianismo así como ha rehuído sistemáticamente toda reducción de la vida cristiana a los planos naturales de la actividad poética o metafísica o práctica, así también ha condenado todo desprecio de lo natural y específicamente humano.

Fijemos ahora nuestra atención en uno de los planos de actividad en que es más interesante el influjo de la gracia. Como la ciencia de Dios, como la participación de la misma en el espíritu que es la Teología y la Fe, la gracia siendo principio vital de todo conocimiento sobrenatural no está ordenada solamente a la especulación. La gracia, como la

Luz del Verbo increado es especulativa y a la vez eminentemente práctica. Si por una parte sobresaeta la inteligencia en su apetito de verdad, por otra imprime al dinamismo humano la sola dirección que cumple con su finalidad trascendente.

“El que a Vos se une remonta el curso del tiempo”, dice profundamente Claudel en “La Messe La-bas”. Tanto el contemplativo que en el silencio reconstruye la filosofía de la historia humana, como aquél que sumergido en el fluir mismo del tiempo trata de encauzar y gobernar los acontecimientos del mundo. Y por lo mismo que remonta el río del tiempo, por lo mismo que se desprende de su multiplicidad y fugacidad, descubre la única escapatoria a la incertidumbre de la acción, y a su ineficacia práctica. El santo puede alcanzar en su medida esa identificación misteriosa de quietud y de acción que es propia del Agente supremo.

El y solamente él conoce por compenetración en los secretos de Dios, la finalidad suprema de todo y el gran movimiento divino que impele toda cosa. El sabe que en ese movimiento hay una voluntad divina de amor a la creatura racional, que es en este orden una voluntad de redención y regeneración del mundo entero por la sangre del Hijo de Dios. Y voluntad también de predilección gratuita. Y es esta divina energía la que va trazando alrededor de las agitaciones y providencias humanas, una gran curva de la que ningún movimiento puede extraviarse ni siquiera la opción aparentemente más arbitraria o perversa de la libertad creada.

Integración del universo entero en la atracción del Amor Supremo; esto que se verifica misteriosamente tanto en la historia superficial como en la infra-historia, substancia viva de la historia misma. Todo esto debe aflorar en la visión sobrenaturalizada del poeta, del metafísico o del hombre cualquiera de acción enmarañado en los negocios del mundo. En esta cima se juntan un San Agustín, un Claudel y un San Luis. Y paralelo a esta visión se irá revelando el espectáculo de la separación constante de las tinieblas y de la luz que se prepara desde esta existencia terrenal para consumarse más allá en la eternidad. Es este movimiento único el que vive y percibe el santo dentro de su corazón purificado de toda impresión superficial, movimiento que es a la vez crecimiento de algo íntimo y no individual, integración en la luz del Verbo hecho carne, en el divino Amor de predilección, en el cuerpo místico de Cristo, su Iglesia. Así el justo va escapando poco a poco de la contingencia de la creatura para adquirir con un cierto sentido la necesidad

misma, el imperativo de ser que caracteriza a Dios y su universalidad como causa primera.

Hay algo en esa criatura entrañada en su Dios de inmensamente activo, pero que puede despistar a los que nos hemos hecho al tumulto de la actividad del siglo. En el nombre típico de acción, en el gran conductor de las masas, en el gran animador de la vasta ciudad humana, sobresale ese dinamismo que es una gran agitación, un prolongado esfuerzo y un desgaste psíquico y fisiológico. Se podría creer que ese es el tipo del gran activo, del práctico por excelencia. Pero Unamuno nos recuerda que "sobre el silencio augusto se apoya y vive el sonido". Sobre la operación silenciosa del Verbo y de aquellos que en El han nacido, se apoyan los frágiles propósitos humanos, esos que aparecen en los periódicos y llenan el aire con su ruido para después llenar las páginas de las historias. Pero vendrá la hora en que César, Richelieu y Napoleón y todos los nombres de hoy aparezcan como son: simples muñecos tirados por hilos invisibles, en la mano de algunos pobres, desconocidos por el siglo.

Terrible verdad ésta que hoy día todo un mundo desconoce, fascinado por el juego de las apariencias. Y para nosotros cristianos, verdad elemental. No se puede actuar eficazmente en la historia, no se puede trabajar en ella sin dejar un irreparable déficit, si se cuenta tan sólo con los recursos humanos, con las previsiones de la experiencia histórica y con las intuiciones del genio. De aquí nace la crisis de muchos que han querido influir en este mundo trágico y salvarlo, esperanzados en las fuerzas del hombre. Crisis de tantos cristianos afligidos de una ciudad perversa, orientada hacia el mal, que obran por una restauración cristiana, como si no necesitaran de la fe. Saben demasiado bien que no se puede despreciar impunemente los medios humanos: pero ignoran que para usarlos bien es necesario haberlos discernido en la luz superior de la fe. Pero sobre todo ignoran que sólo la visión del fin supremo del movimiento histórico, visión que debe entrañarse a los instantes de nuestra existencia, puede dar a nuestra acción la certidumbre y la eficacia indispensable. Y es esa penalidad, es ese resultado absoluto el que por ser sobrenatural no puede alcanzarse sino en la visión sobrenatural de la fe.

He aquí a lo más inhumano, lo más corrosivo para la personalidad humana, esa intervención en las cosas de este tiempo, humanizada bajo el influjo de la gracia. Podemos trabajar sobre el plano movedizo del tiempo, podemos lanzarnos contra todos los obstáculos, fuerzas ciegas, inhumanas que lo recorren y lo sumergen, no sólo obligándolo a rendir por cuenta nuestra, sino también rectificándolo profunda aunque invisiblemente. Si es exacta esa diferencia

apuntada por Bergamín entre los que pasan a la historia y los que hacen o inventan a la historia, hay que decir que solamente el cristiano puede hacer la historia, solamente él si no se resigna a ser uno de los tantos elementos irracionales del fluír histórico. Nueva confirmación de la palabra del apóstol: "Omnia vestra sunt". No debe quedar nada ni en el mundo de la naturaleza, ni en el mundo de la historia, que no toque la gracia y transforme en substancia de eternidad y substancia nuestra.

Escuchar esta enseñanza, rigurosa conclusión de las verdades de la fe, es para el cristiano de hoy, la máxima sabiduría, la sola prudencia salvífica. Debemos estar absolutamente lejos de los desesperados que se retraen del mundo, convencidos de la impotencia de cualquier intervención, y de los consumidos por la fiebre de acción humana que no comprenden todavía aquella maldición lanzada por el profeta sobre los que confían en los hombres. Obremos sobre el curso de la historia, sobre los regímenes temporales, sobre las instituciones humanas, pero antes, alcémonos de este suelo, comprendamos el plan de conjunto para situar cada cosa, cada esfuerzo en su sazón, esto es, comencemos desde esta hora a juzgar todos los sucesos "sub specie æternitatis", pues que la fe verdaderamente nos procura según la magnífica expresión del apóstol: "la substancia de las cosas que esperamos", la presencia de lo que aún dista para los ojos y el corazón del hombre.

Rafael Gandolfo

FITINOL **GEKA**

== **Tonifica los nervios y** ==

DA VIGOR AL CEREBRO

Base: Fósforo orgánico asimilable

Pasión de mi Señor

Si con el alba me pusiere alas,
y fuere a posar en el último ex-
tremo del mar, allá igualmente
me conducirá tu mano.

Salmo 138.

En aquel tiempo yo no era. Mi sangre corría abandonada en venas de gentes que me son extrañas. Las violetas crecían sin mis ojos, y no había brazos que cayeran de desesperanza porque los míos no los cogiesen. Y el mundo era, y yo no sabía que existiere. Fué necesario que el tiempo quemara la sangre con deseos, y que mis ojos, y mis manos se fueran juntando poco a poco en los confines de la tierra. Nadie hubiese podido decir entonces: allí va la mirada triste que tengo en esta tarde de otoño; ni: sus manos son de vidrio, transparentes y duras. En aquel tiempo yo no era.

Pero Tú si que estabas, íntegro y dulce como una mañana sin hombres. Tú eras en el mundo, y tu sangre buscaba ya el camino del polvo, agrupándose donde nacerían las heridas. ¡Tú eras, Señor mío, Tú eras con la dulce voz que no podía olvidar el cielo! Tú eras, huérfano del Padre y la Paloma, el mar sediento de amor. Y yo no era. Tú me entiendes, Señor, la angustia de no poder ser cuando Tú mirabas en los ojos, ni el simple polvo que hollaban tus sandalias, ni ligero vilano que atravesara mares, para enredarse en tus cabellos. ¡Yo no era! Estaba disuelto mi amor entre las islas y las azules orillas de los ríos. Pero el amor en el mundo busca al amor, y Tú eras el único, el posible imposible amor que residía entre los hombres, y en un minuto, hacia tu corazón se fueron todos los amores de mis antepasados, y en tu presencia, como entré alas de un sueño, me hiciste nacer para que no me doliera tanto tu larga ausencia. Y allí me estuve, Señor mío, mirándote entre las espinas y las luces.

El hechizado por fuera

¡Oh amigo! ¿a qué has venido aquí?

Evangelió de San Máteo.

Así creado, te seguí por doquiera. Como la sombra de tu cuerpo que permanecía viva aún cuando Tú durmieras, te-

merosa de ojos abiertos, en eterna vigilia por no volver a entrar en el sueño en que fué creada. Mas fiel que el borde de tu manto que se prendía a las zarzas estorbándote el paso; más dulce y blando que los aires que no osaban tocar tu gentileza. Allí me estaba contigo en el mar, andando sobre su vidrio frágil; allí, en la montaña eran mis ojos los hermosos en la dulzura de las bienaventuranzas. Yo te seguía como la sombra de tu paso, como un día sigue al otro en el tiempo, siempre abierto junto a su tarde de muerte.

Aquella noche, pasado el torrente Cedrón, entre el olivar adusto y las estrellas quietas, sentimos el primer sabor de tu sangre. Reposaban en el silencioso sueño tus apóstoles. Se quemaban de espanto en retorcidas ramas, los olivos, y en medio de su duermevela, se quejaba el olivarero con tiernos sollozos. La angustia era la dueña del mundo. La soledad era tu dueña.

¡Ay! el gusto del abandono, ay, el sabor del olvido, ay, el camino que cierra un muro! Círculo mágico que te rodeaba dejándote sin la galana mirada de los hombres, sin sus manos de donaire, sólo con sus tesoros de pecados, con sus diademas de putrefactas culpas, llenándote de espanto los oídos con horribles palabras; estrujando limones ácidos en tu lengua; deteniendo tus manos hacedoras de milagros con inútil grillete; enturbiándote los mansos ojos con los temblores de su lascivia. Te cercaban de olvido, se escondían en sus sueños, y hasta un joven del olivar se quejaba con dulzura, aliviado en su padecimiento. Y en medio de todos, aparte, en el corazón del mundo, cogido por las serpientes de todos los errores, Tú, el varón de los dolores. Y así fuiste soltando en llanto la sangre de tu cuerpo, sosegando la tierra con tus lágrimas, afligiendo la lindeza del cielo en sus ángeles. Y así me estaba yo, empapando mi cuerpo de sombra en tu agua y tu sangre, pegado a Ti, viviendo de tus gemidos, como aun vivo de tu muerte y de tu resurrección.

Pero ya era la hora exacta, el tiempo en que vendrían a pisar tus primeras lágrimas, y el primer fruto de tus venas; el tiempo en que el sueño huyera para siempre de los ojos de tus seguidores; el tiempo de alumbrar al mundo con fuego que no perece. Y vinieron a turbarte, a quitar de entre las sombras, con hachones encendidos, tu luz. Y llegaron las potencias de las sombras, con el fuego de la tierra a salvarte de las tinieblas de la tierra, para aprisionar tu luz entre los espesos muros de la muerte. Y escondiéndose vergonzoso entre sus turbas, el alferez de las sombras, el amigo.

Apegado a Ti, unido a tus vestidos, estaba yo, tu sombra. Y al venir con sus hombres airados, el capitán de las tinieblas, en medio de las teas ardiendo y consumiéndose, yo, tu sombra temerosa, me dejé caer en tierra como herida. Y en-

tonces yo no supe, pero sentí el grito de congoja de los cielos y las tierras, cuando a la dulce voz tuya, Señor Nuestro Jesucristo: ¡Oh amigo! ¿a qué has venido?, vino la muda respuesta de un beso.

El latido del mundo se detuvo. Las madres que besaban a sus hijos sintieron enfriar sus labios. Los justos de la tierra se avergonzaron como si estuviesen desnudos, y hasta los ríos marcharon vía arriba a esconderse en los manantiales ocultos. Fué entonces, Señor, cuando hasta tu sombra te abandonó desfallecida de angustia. Entonces fué cuando huí desnudo bajo las nubes dejando en ajenas manos mi vestidura de sombra.

La manzana verde

Siendo un esqueleto vivo,
siendo un animado muerto.

Calderón.

La memoria del vegetal, el milagro de volver en dulzura el amargo humor de los manzanos verdes, la turbación de esta adolescencia, de no ser semilla ni ser fruto todavía, nos sirviera, de ser posible, en nuestra vida de todos los iguales días. Pero el destino del hombre es recorrer el mundo desde su creación. Hay tiempo, como en el eclesiástico libro se lee, de nacer y de morir, de abrazar y de dejar con tibio recuerdo los amorosos brazos, de amar y de caer en violenta y ardorosa ira. Existe el tiempo de todo y de nada. El camino desde las manos de Dios al corazón de Dios, a través del desierto breve y largo de la existencia.

Pero ahora, lleno de hojas doradas el pecho del aire de la tarde, siento en el alma como una indecisión, como si en el pecho mío no hubiera brisas para las hojas del otoño: una pequeña angustia, el dolor de los hombres por madurar. Semejante a la manzana verde recorrida por un sol que les despierta sus aficiones buenas con leve toque, semejante a la manzana verde cuya entraña en el amanecer frío de los primeros soles, turbada, no quiere creer en esa voz de los cielos: como la manzana verde tengo el alma.

Se oye una voz de la tierra que se levanta hasta mi corazón. Es la voz que hace crecer el agua de los cielos, perdida y enamorada entre las sales de la oscura tierra. El ahora grito que busca conmover el agrio humor aposentado en mi interior, y volverlo en mieles que gustan a los pájaros de los cielos.

Y hay una voluntad de permanecer en este indeciso instante, una secreta esperanza de la carne de detener el vuelo de los tiempos, de crear la juventud eterna con su ácido y su miel; de quedar abandonado en el árbol más allá del invierno, en ciernes hasta próximas primáveras de plumón nuevo y caricia de flor. Voluntad de quebrar los espejos para el eterno remozamiento. Voluntad siempre insaciada de ser.

Y en el tiempo, se detiene el día en los umbrales de la noche, y no quiere pasar; y la noche aguija su vida hasta las fronteras del día, y tampoco desea morir.

Y la llama se apega al último trozo del leño, y mantiene despierto su escarlata ojo de fuego para contemplar hasta la agonía el mundo. Y la ceniza ahoga a la llama, y, luego, mantiene entre sus manos, escondido, bien hurtado a la mirada ajena, el sosegado calor que la alienta, hasta ir adolescendo lentamente.

Y la ola aferra su mano a la playa de doradas arenas. Y la amapola se esconde entre los trigales. Y el hongo acecha a la lluvia. Y el hombre a la mujer. Y ninguno quiere morir.

Si la vida en el hombre fuera una cinta en el aire, ¡qué rizos haría al agitarla el viento!

Pero también luce una voluntad de morir, que es más que una cinta en la brisa, que es una bandera violenta entre los cuatro vientos. Y el hombre, y la llama, y el día con sus amapolas entre las espigas, saben que en su vida hay un límite: su Dios, su escarcha, su noche.

Lección de morir

No moriré, sino que viviré.

Salmo 117.

Ya os he contado, amigos míos, como le huí al Señor. Y también os he dicho cómo es semejante a una manzana verde la vida del hombre. Pero ahora os diré la verdadera historia de una muerte.

La muerte es tan pequeña que no cabe en Dios. Ni viaja en esponjas empapadas de hiel y vinagres, ni vuela en las curiosas puntas de las lanzas, ni florece en rosas entre espinas entretrejidas, ni se abre en cruz sobre las cruces. La muerte existe en el apetito de la vida. Esta ansia de la vida de luchar con la muerte de todos los días, envenena de amargura las esponjas agrias, corta las venas con los clavos y las lanzas, para vencer a la muerte, para existir a pesar de la amargura y

la sangre que mana, para ser más vida venciendo a sí misma con la muerte.

Dios es más grande que la muerte, porque es la Vida que ha vencido a su muerte, y la ha destrozado, y le ha impedido andar para siempre. Ha tomado Nuestro Señor Jesucristo, amigos míos, la pequeña vida de cada uno, y con su muerte la ha librado de la eterna muerte. Para ello, contó las piedras de un largo camino, y los golpes de un martillo sobre las palmas suavísimas de sus manos, y supo del frío que deja entrar en una herida la rápida lanza al retirarse. Vivió su muerte, lentamente. Consumió todas nuestras muertes, y luego, dejó que lo envolvieran entre sudarios, que lo fajaran como un niño nuevo o como la larva de la mariposa de la vida.

Sabed, amigos míos, que jamás moriremos; que todo será una ausencia diminuta, un leve resquebrajarse en nuestra raíz en la vida, como el quejido breve de la manzana ya madura que harta de sus mieles goza con la recolección. No moriremos, amigos míos, sino que viviremos. Entre los fuegos de Dios, entre las nieves de Dios, en sus mirares y en la puerta de sus labios. Como manzana ya madura, lejos del verde moceril, bocado ahora divino. Entre Dios, con Dios, para Dios, en Dios, hacia el amor pacífico y perfecto.

El amor en el aire.

que se va como un río verde,
y mi corazón lo pierde,
no dos veces, sino ciento.

Miguel Hernández.

Y después de esta muerte, Nuestro Señor Jesucristo, en el silencio de su enterramiento, fué librándose, lentamente, de la muerte que lo tenía abrazado, como quien se quita una capa que debe devolver, o como hace sus sosegados alardes de prisa la mariposa que deja su capullo. Como una divina mariposa, Nuestro Señor, se fué luego por los aires, más allá de los comienzos de los cielos, hasta reintegrarse en Dios. Al levantarse en los céfiros, entre los soles amables, y la pena de sus apóstoles, iba dejando cada vez más pequeña y delicada su sombra hasta desaparecer. Así me devolvió a mis antepasados que estaban junto a los azules ríos y las islas solitarias. Así he quedado triste hasta mi muerte.

Oración

Mírame Tú, que eres mi Señor, como soy yo tu señor. Porque el Amado es el dueño del Amante, que no vive sino para su amor. Mírame Tú cómo me miras: tus ojos me siguen como persigue el ojo del cazador a las palomas del aire. Víveme Tú como me vives: porque eres semejante al sendero que se alarga perdonando los pasos impacientes y bruscos, por no perder al caminante. Y eres igual al río que lava, y pule las piedras que recorre, y encima de su negrura deja su capa blanca de misericordia.

Sé Tú para mí, el ojo, el amor, el camino y el agua: que quiero entrarme en tus ojos, volverme loco en tu amor, hacerme viento que pasa eternamente en los caminos y nacer en cada blanca flor de agua que vive cuando Tú perdonas. Amén.

R O Q U E E S T E B A N S C A R P A

El Salario Familiar ¿Es de Justicia Conmutativa?

por Eduardo Hamilton

Falta de sinceridad

Cuando hay sinceridad es fácil el cumplimiento de una obligación; cuando falta la sinceridad puede darse por sentado que o la obligación no se cumple, o lo será en una forma tardía o incompleta.

En el problema de la justicia con relación al trabajo, es necesario reconocer que en muchas personas ha habido una falta absoluta de sinceridad. Falta de sinceridad al contratar el trabajo y falta de sinceridad al ajustar el salario.

Se ha pretendido eludir la doble obligación de considerar al obrero en el contrato como un hombre sujeto de derechos y de deberes irrenunciables, y de pagarle el justo salario por su trabajo.

Sin embargo, no se puede burlar un principio de justicia, sin cierto remordimiento de conciencia. A este escozor de la moral violada van dirigidos los más o menos aparentes justificativos, fruto de más o menos ingeniosas elucubraciones mentales.

Hay quienes no se conforman con la obligación de pagar el salario debido a los obreros. Piensan que las ganancias disminuyen. Aún en el campo puramente económico el raciocinio es malo, pues, son los obreros bien pagados mejores trabajadores y consumidores.

Pero, entonces, viene el problema de arreglar la conciencia a la situación.

El primer argumento artificioso es el del liberal intransigente: Si he contratado con el obrero en tanto, y ésto le pago, he cumplido con la justicia del contrato; en nada ha sido violada, dí lo pactado. El problema del salario que alcance para las necesidades del obrero, no es, por tanto, un problema de justicia.

El fijarse en si este trabajador gana lo suficiente para vivir, ya es materia que le corresponde a la caridad; y cada uno hace la caridad con el que le place, (o no practica caridad) esto corresponde al fuero interno de la conciencia, y para estos "pecados de falta de caridad" siempre existe el remedio oportunísimo de una limosnita a un anciano, a una enferma o a un párroco.

Otros avanzan un poco más. Sí, hay que tomar en cuenta la vida del obrero; pero, si yo cumplo con dar lo que le

prometí en el contrato, cumplo con la justicia conmutativa. Si algo me faltó para que el salario alcanzara a satisfacer las necesidades del obrero, esto solamente atañe a la justicia social. ¿Y la justicia social? Es tan vaga, tan indeterminada, que no tengo por qué inquietar mi conciencia. Si no hay ni siquiera obligación de restituir. Otra cosa sería si esto lo determinara la ley, y pasara a convertirse en justicia legal. Mientras no suceda, no hay motivo de alarma. Y hasta bien mirado... ¿no sería mejor combatir esta ley para que no exista tanta intromisión del Estado?...

Por esto, nosotros al tratar de formarnos una idea exacta y verdadera del concepto de salario familiar con relación a la justicia, debemos proceder sin acomodos de ninguna especie, sino estudiando con plena sinceridad las realidades del trabajo y del salario bajo el aspecto del individuo y de la familia, y la libertad mayor o menor que existe para las partes en el contrato de trabajo.

Individuo y familia

El hombre no está aislado ni en la vida social, ni en la vida económica; hay, por el contrario, una estrecha interdependencia en sus relaciones.

El mismo derecho de vida de cada hombre depende del derecho a trabajo de otro, por lo menos en una época de su existencia.

El hombre al nacer y aún antes de su nacimiento necesita de que otras personas provean a sus necesidades, y por lo tanto de que estas personas trabajen, y reciban el salario correspondiente, que debe ser tal que alcance a subvenir no sólo a los gastos necesarios para mantener la vida del trabajador, sino también de esas personas que tienen existencia, que tienen vida y tienen derecho a conservarla, pero que no pueden obtener por su trabajo lo suficiente o lo indispensable para vivir.

Por esto, como consecuencia lógica e inevitable, llegamos al dilema de escoger solamente entre dos términos, sentado el hecho de que el salario y el trabajo dan lo necesario para conservar la vida y de que hay muchas personas que no pueden trabajar: o éstos no tienen derecho a la vida o si lo tienen hay otros que deben trabajar y deben ganar el salario también para ellos.

Y el supuesto no es una excepción: hay una época, y muchas veces dos épocas, en la vida de todo hombre, la niñez en que todos estamos física y moralmente imposibilitados para trabajar; y a muchos les llega otra época, la ancianidad, en que las fuerzas del cuerpo o de la mente han terminado y necesitan vivir.

Y hemos obtenido, por la pura lógica de los hechos, un principio: que para hablar de "salario", debemos partir de "familia". En caso contrario, cometemos el absurdo imponderable de afirmar, que ningún hombre tiene derecho de vida, pues todo hombre ha sido niño y puede llegar a ser anciano o un inválido, y si la naturaleza y la justicia no establecen claramente que hay otras personas sobre las que pesa la obligación de proveer por ellos, y por lo tanto, el derecho natural a ganar lo necesario para su vida y la de ellos, ni la naturaleza, ni la justicia serían para los hombres. Y este absurdo ningún ser racional puede aceptarlo.

Entonces, sentemos una conclusión clara: no puede hablarse de "salario justo" si no se habla de "salario familiar".

Entrando, ahora, de lleno a examinar el orden doméstico podemos confirmar bajo otros aspectos el concepto de "salario familiar".

En una familia, en su forma simple podemos considerar: el padre, la madre y los hijos. Suponemos los hijos menores. ¿Quién debe trabajar, y por lo tanto obtener salario suficiente para toda la familia (para el padre, la madre y los hijos)?

Suponemos que los hijos son menores, por lo tanto, están en formación de hombre, están física o moralmente imposibilitados para el trabajo.

¿La madre? Dos papeles esenciales e indispensables realiza la mujer en el hogar, en relación a este punto: gestación de los hijos y después su formación inmediata y el cuidado del hogar.

Con relación al primer punto. La generación del hijo y su transformación en las entrañas maternas, sobre todo en su última época, como los cuidados al nacer y la lactancia, hechos biológicos universales demuestran claramente que la mujer, la madre, en parte de su vida no está en condiciones de salir al trabajo.

El segundo punto confirma más notablemente el anterior. En efecto, si suponemos que el padre de familia está ocupado en el trabajo y que los hijos son menores ¿quién quedará al cuidado del hogar y de los hijos menores? ¿quién deberá trabajar en el interior del hogar para que pueda éste existir, para preparar la alimentación del padre que trabaja y de los hijos? No pueden ser ni los hijos, ni el padre, por lo cual debe ser la madre. Y es a ella a quién la naturaleza misma ha fijado como directora interna del hogar, el que por esta misma razón no puede abandonar, ni aún dentro de él puede entregarse de lleno al trabajo. Conclusión: la madre está también imposibilitada para trabajar en un gran período de su vida, más aún, durante lo mejor de su vida.

Y llegamos al mismo término: sólo el hombre, el padre

de familia, puede trabajar, y como todos deben vivir, el único que trabaja debe trabajar para que todos vivan, tiene esta obligación que la naturaleza misma se lo impone, y por lo tanto tiene un derecho correlativo, tan sagrado como la obligación, derecho a ganar el salario suficiente para la manutención de su familia.

Y el vivir del hombre no podemos circunscribirlo al crecer biológico. No, el hombre es racional, debe educarse intelectual y moralmente. De lo contrario no se diferenciaría de un irracional. El salario es, por lo tanto, no sólo de alimento material, sino también debe alcanzar para formar nuevos hombres.

El salario familiar es la base de la economía de la familia y de la sociedad. El salario escaso individual ha sido el factor de orden económico que ha influido grandemente en la desorganización de la familia, causa inmediata de la crisis social actual.

Y no puede ser de otro modo. ¿Qué familia puede existir si el padre no está en el hogar porque trabaja y no gana lo suficiente para los suvos, y la madre por esto sale del hogar también a trabajar? ¿Quién proveerá al alimento de la familia? ¿Quién educa?

Un salario de hambre para un padre de familia es un crimen, pues es una de las causas precisas de destrucción del hogar, que crea el problema de la madre obrera, del abandono de los hijos, que elimina todo atractivo al hogar, que de esta manera fomenta el problema de la taberna obrera, el problema de la inmoralidad obrera, el problema final de los sin familia. Sólo por rarísima excepción puede salir de ahí un elemento sano para la sociedad.

Libertad de contratar

Por medio de un contrato la persona se obliga a un acto o a una abstención. Lo esencial para que la concurrencia de voluntades sea un contrato, es que ella produzca una obligación o vínculo moral para ejecutar o no el acto.

No hay obligación de algo inmoral, porque no puede existir un vínculo moral e inmoral a la vez, por lo cual no puede haber un contrato sobre algo que no sea moral; y si se efectúa una concurrencia de voluntades sobre un objeto inmoral, carece ésta de todo valor jurídico.

Por esto, nuestra libertad de contratar está circunscrita, por la obligación. Nunca podremos crear una obligación sobre lo cual no tenemos facultad moral.

No puede existir la libertad absoluta de contratar, pues todos los objetos de los contratos no pueden ser absolutos.

El hombre, que en él contrata, está limitado en toda su actividad por su propia naturaleza, por su mismo fin.

Yo no puedo contratar sobre mi personalidad, no puedo contratar sobre mi vida, no puedo contratar sobre mi honor; en general, no puedo contratar sobre todo aquello de que yo no puedo libremente disponer.

Otro principio jurídico evidente es que si no puede disponer de un derecho tampoco se podrá respecto a los medios esenciales para mantenerlo. Si no puede renunciar libremente a la vida no podrá renunciarse tampoco a los medios directos y necesarios para mantener la vida.

Sólo teniendo en consideración los principios anteriores podemos entrar a considerar el contrato de trabajo.

En el contrato de trabajo hay dos elementos que intervienen en lo que se presta para obtener remuneración debida: es el esfuerzo físico o mental que produce tales bienes y el fin del trabajo para el operario, que es la conservación de su vida y las de su mujer y de sus hijos.

Bajo el primer aspecto, puede el operario libremente contratar, por más o menos precio su esfuerzo; bajo el segundo aspecto, no se puede libremente contratar un salario que no sea suficiente para cumplir con el objeto del trabajo, pues en ese caso se renunciaría a lo indispensable para conservar la vida, la propia vida y la ajena, y este deber que pesa sobre el obrero es irrenunciable.

Considerando el contrato de trabajo desde el punto de vista del empresario o empleador llegamos a la misma conclusión: se puede libremente pactar si se toma en cuenta el esfuerzo físico o espiritual que produce bienes; pero no hay libertad absoluta de contratar si se considera que se contrata a una persona humana que tiene como deber irrenunciable la conservación de una o varias vidas también humanas.

Y como este desdoblamiento del contrato del trabajo es sólo una simple operación de abstracción intelectual, pero nunca en la realidad se encontrará un esfuerzo humano aparte de una personalidad y de una vida humana; nunca, en ninguna ocasión habrá libertad absoluta al contratar el trabajo de un hombre; y por otra parte, siempre habrá obligación estricta de justicia de tener en consideración el fin del trabajo del operario, otorgándole un mínimo de salario, al menos, para asegurar por parte de éste de esos deberes irrenunciables de proveer a su vida y a las de sus familiares.

¿Y si el obrero no cumple con sus obligaciones de destinar el salario a la mantención de su familia? Sencillamente falta a sus deberes, pero esto no es justificativo para que el patrón o empleador falte a los suyos y viole la justicia del contrato.

El cumplimiento de los deberes ajenos al mismo contrato no pueden hacerse valer en éste. No puede el patrón defraudar en su salario al obrero porque éste lo vaya a emplear mal, como no podría un obrero construir mal una casa porque el empleador pueda o vaya a pecar en ella.

La justicia del mismo contrato es independiente de sus efectos posteriores y personales de los contratantes. Pagar y trabajar en justicia eso es el contrato. Lo demás sólo puede ser en este caso excusa más o menos encubierta para faltar al mandato de dar a cada uno lo que es suyo.

Justicia conmutativa

Con los antecedentes anteriores tenemos resuelto el problema.

La justicia social mira al bien común en general; la justicia conmutativa dice relación directa con el contrato, con lo pactado.

Ahora bien, si hay el salario justo debe ser familiar, si el obrero no puede contratar otra cosa, pues su derecho tiene un deber correlativo irrenunciable; si este salario familiar es el fin que lleva al obrero al contrato de trabajo; si el patrón o empleador no puede prescindir, tampoco, al contratar del hecho que el obrero es un hombre con obligaciones irrenunciables, que para cumplirlas trabaja; se deduce de todo esto una conclusión evidente: la justicia del salario familiar dice relación directa con el contrato de trabajo, y esto es lo que se llama justicia conmutativa.

Justicia conmutativa que obliga a pagar el justo precio del trabajo, que para que sea justo debe cumplir con su propio objeto, cual es las necesidades del obrero y su familia.

También, el salario familiar es de justicia social, porque íntimamente está relacionado con el bien común de la sociedad el que las familias obreras tengan con qué vivir. Mas, de ningún modo se opone que una misma cuestión sea materia de justicia conmutativa y social; más aún, toda cuestión de justicia conmutativa es de interés para la justicia social.

La justicia conmutativa, que ordena entregar a otro lo que le pertenece, en virtud del objeto mismo del contrato, que se puede exigir ante la ley, que impone la obligación de restituir, como se restituye lo que se ha robado, es la que rige el salario de los obreros. Siendo inseparable el esfuerzo del obrero de su personalidad sujeta a derechos y deberes inalienables; siendo el fin del trabajo la subsistencia del obrero y su familia, y el único medio conveniente para obtenerlo es el salario del hombre; siendo este salario parte esencial del contrato de trabajo; siendo por ley natural ese el

valor del trabajo; aunque contratemos otra cosa, ya que el obrero no puede lícitamente renunciar a su derecho, si no pagamos al obrero lo que necesita para su subsistencia y la de su familia, no hemos pagado el valor de su trabajo; si no hemos pagado el valor de "su trabajo" nos hemos quedado con algo "suyo", y esto algo suyo, que es algo sagrado, porque es una huella de su personalidad y de su vida que, a su vez, fué hecha a semejanza de Dios, esto significa el pan de sus hijos y la conservación de sus derechos de vida como seres racionales.

Y si quedarse con una moneda ajena al pagar un precio, aún si se trata de alguien que no la necesita, es violación de la justicia conmutativa, y existe derecho de demandar ante la ley y obligación en conciencia estricta de restituir ¿no habrá igual o más obligación de restituir eso del obrero que no se le ha entregado, que es parte del contrato, y que representa hasta la vida misma de él, de su mujer o de sus hijos?

Claramente es una obligación de estricta justicia conmutativa que obliga a la restitución.

Si el precepto de pagar al obrero lo suficiente para su subsistencia y de su familia no se basara en un principio de estricta justicia, bien feble sería el fundamento del derecho que tienen los que trabajan a conservar sus vidas como seres racionales.

Lo que dice la Iglesia

No soy interpretador de Encíclicas, ni tengo autoridad; ni si la tuviera podría interpretarlas, porque lo que claramente está escrito, no se interpreta, se lee. Para el católico solamente se obedece, se respeta, se acata y se practica.

Textualmente voy a reproducir los párrafos pertinentes de las Encíclicas "Rerum Novarum", "Quadragesimo Anno" y "Casti Connubii" que se refieren a este aspecto del salario. Sólo advertiré una cosa, para algunos "católicos" que tratan de "opinar" en parangón con el Papa; y esto que voy a advertir lo dicen S. S. León XIII y S. S. Pío XI: "La Iglesia es la que del **Evangelio** saca doctrinas tales" (Rerum Novarum). "Nuestro Predecesor, dice S. S. Pío XI, bebió del **Evangelio**, fuente viva y vital, la doctrina, que puede, si no acabar inmediatamente al menos mitigar en gran manera esa lucha mortal e intestina que desgarró a la sociedad humana" (Quadragesimo Anno).

1º) Sobre la libertad de contratar el trabajo, dice la Iglesia:

"Aún concedido que el obrero y su amo libremente convienen en algo, y particularmente en la cantidad de salario.

queda, sin embargo, siempre una cosa, que dimana de la justicia natural y que es de más peso y anterior a la libre voluntad de los que hacen el contrato, y es ésta: que el salario no debe ser insuficiente para la sustentación de un obrero frugal y de buenas costumbres” (Rerum Novarum).

2º) Sobre la regulación del salario dice la Iglesia que hay que atender a tres puntos: 1º) la sustentación del obrero y su familia; 2º) la situación de la empresa; 3º) la necesidad del bien común. Respecto al primer punto: “En primer lugar, hay que dar al obrero una remuneración que sea suficiente para su propia sustentación y la de su familia” (Quadragesimo Anno, N° 71).

3º) Sobre el salario familiar agrega la Iglesia: “Tampoco es lícito establecer salarios tan mezquinos que, atendidas las circunstancias, no sean suficientes para alimentar a la familia” (Casti Connubii).

En resumen, enseña la Iglesia:

1º) Que no hay absoluta libertad al fijar el monto del salario, en el contrato de trabajo.

2º) Que en este mismo contrato al fijar el salario hay que atender, en primer lugar, a que la remuneración sea suficiente para la sustentación del obrero y la de su familia.

3º) Que no es lícito, por lo tanto, es ilícito (viola la justicia en el contrato) establecer salarios insuficientes para alimentar a la familia.

Para terminar, sólo una pregunta: Si el salario se fija en el **contrato** de trabajo, si en este **contrato** no se puede establecer un salario que no sea salario familiar, y si pactar otra cosa viola la justicia ¿será ésta una violación de la **justicia del contrato**, la cual se llama justicia conmutativa?

Eduardo Hamilton

«EL IMPARCIAL»

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

Departamento de Propaganda en San Diego 67

En torno a la cúpula de la Literatura Española

por **Alfredo Lefebvre**

“Quien busca la belleza en el mundo te busca sin darse cuenta a Ti que eres la Belleza entera y perfecta”.

Papini

I

ADAGIO VIVIFICADOR

Don Quijote se está muriendo... Desde el horizonte tibio de su cuerpo tendido, su voz, su última voz, habla agónicamente en su última agonía:

“Ya soy enemigo de Amadís... Ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería...” Cuando esto le oyeron decir, creyeron sin duda que alguna nueva locura le había tornado... Fué del parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan” (Cap. 74).

Don Quijote se muere: detesta la ficción que fué símbolo de su ser eterno, y ahora sueña azuladamente en la esencia de su caballería que es símbolo de España recorrido en la plana planicie de la Mancha, ansiosa de mucho cielo... En el instante del final, anhela por una caballería a lo divino que al igual que la profana siga grabando con la punta de la espada, el estilo de España. Estilo de España que es la misma espada forjada por fuego de amor en madera, y clavada con el vigor del odio en una colina de eterno recuerdo.

Cuando la superficie del mar, siempre movible como toda superficie, está muy agitada, como nunca conviene mirar hacia lo hondo del mar, donde vive el agua vivificadora, clara, profunda, eterna. El universo del mar.

* * *

“Y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros libros que sean luz del alma” (Cap. 74).

¡Oh eterno Quijote! Tú estás allí siempre muriendo por Vivir.

¿Te sientes traicionado a tí mismo...? ¡oh flor y llama de España!

Sólo así se puede vivificar el tema "sintiéndolo" cual libro que sea luz del alma, y alma de luminosa hispanidad, resplandeciente y chorreando belleza como sangre. Sólo así, pues allí palpita el ritmo de la más ardiente pasión que abre los ojos embrujadamente y se encuentra uno colocado en la cúpula del edificio hispánico. Allí están para siempre San Juan de la Cruz, Santa Teresa... Hacia allí mira nostálgicamente Quijote. Es: la caballería a lo divino. Profundamente heroica, heroicamente cristiana, activamente contemplativa: Suprema expresión del espíritu y del arte español.

II

"El arte es una ascensión. Su ley es subir. Impelido por naturaleza hacia el tipo eterno de las cosas, tiende hacia el lado de lo ideal. Su ojo penetra en las cosas para escrutar lo que de esencial hay en ellas". Así nos recuerda Hello el sentido hondo del arte. Y en ese clima ascendente hay grados, y cada grado puede ser en sí perfecto. Tan artista es el que se detiene a consolarse con la presencia del paisaje, como el que lucha por unirse a la belleza integral y perfecta. Pues si se trata de grados, en cada escalón está la huella del que una vez los descendió.

Nadie tan bien como los místicos españoles comprendieron esa significación del arte. La poesía de un San Juan de la Cruz no es sino realización de ese real concepto. Es que él amó a Dios antes que nada por ser Unidad de Belleza, y no digo herejía... porque es evidente que por ser Unidad resume también Verdad y Bondad. Pero aquí en este trabajo no vamos tratando el misticismo en sí, sino en cuanto manantial de fresco y puro esplendor poético, lo que podría ser un tanto absurdo para un metafísico... Se trata de "la poesía de la teología católica" como dice Unamuno, de esa poesía que da vértigos, por su profundidad submarina, por su altura de inmensa cúpula, pero que por lo mismo, por consistir en "comunicación del aliento divino" encierra todo lo que somos y lo que eternamente somos: ante la palabra eternidad, las formas verbales son ola y espuma del mar que se estrella constantemente en la costa, por nuestra sed de infinitud.

Y, por este estar siempre revolviendo contra la costa, esa ola y espuma que es símbolo de nuestro ser limitado, es que la poesía mística encierra todo el drama de la tragedia humana como luego veremos. A mi modo de ver, éste es el aspecto más interesante de ella, que analizado quita el ambiente dulzón que algunos ven en el arte poético de los místicos. La ternura de los místicos no es sensiblería — la sensiblería siempre tiene algo de rastrero, carnal y afeminado. — "Qué no está el amor de Dios en tener lágrimas, ni éstos

gustos y ternura, que por la mayor parte los deseamos, y consolamos con ellos, sino en servir con justicia y fortaleza de ánimo, y humildad" (Santa Teresa-Vida).

La ternura de los místicos es la irrupción del espíritu en la carne por encuentro del puro equilibrio que esconde el devenir... La emoción de lo sublime y de la grandeza contiene más ternura como elemento psicológico.

Los místicos son hombres. Teresa es la más viril de todas las mujeres y la mujer más femenina de Castilla. Son hombres de espíritu, y por ser hombres cumplieron hasta la plenitud el llamado de las potencias: perfección, perfección mediante, y, en el orden sobrenatural, que así se acercan más a Dios, que así se ama más a Dios, "Sed perfectos así como vuestro Padre Celestial es perfecto" habla la voz de la inolvidable Colina...

La Fe es viril. El beaterío es la prostitución de la Fe. El beaterío es como el romanticismo enfermizo y neurótico que prostituyó el arte humano.

La lectura de los místicos de España es lección de virilidad clamando belleza por cada letra. La vía ascética es la más perfecta lección de dominio de sí mismo: "procure inclinarse (el alma) no a lo más fácil sino a lo más dificultoso; no a lo sabroso, sino a lo más desabrido; no a lo más gustoso, sino a lo que no da gusto; no a lo que es descanso, sino a lo trabajoso... No a andar buscando lo mejor de las cosas, sino lo peor, y desear entrar con toda desnudez y vacío y pobreza por Cristo de todo cuanto hay en el mundo", en la noche oscura con ansias en amores inflamada (de la Subida).

Y ya que hemos opuesto esta poesía con la romántica, podríamos por afán de paradoja decir que nada tan romántico a primera vista, como la Poesía Mística en su calidad de subjetivismo. La característica del lirismo romántico es esa expresión de lo íntimo, ese decir repleto de emoción del sentir nostálgico y enseñado. Nada tan lleno de intimidad y de ensoñación, y de dolorosa nostalgia como la poesía mística... Pero es pura paradoja. El lirismo éste, es de sabor muy distinto al otro; es ontológico, el otro no pasó de la corteza de sangre roja. El poeta místico se desespera con las convulsiones de sangre eterna que palpitan constantemente en la eternidad. Este lirismo no es sensiblero, estilo romántico, brota angustiadamente de lo hondo y vital, la substancia humana que encarcelada en las paredes del espacio-tiempo, y en su afán de transcendencia, "grita"; crea. La substancia humana es creadora. Y el hombre es creador por ley de amor.

Y ya que estamos con paradojas: la más primitiva significación de "Mística", quiere decir lo escondido y cerra-

do, lo secreto... Nada tan abierto a los ojos de los lectores como los secretos de esta individualista unión con Dios, de este proceder como si Dios y el alma estuviesen aislados en el mundo, "porque lo que más hemos de procurar al principio es sólo tener cuidado de sí solo, y hacer cuenta que no hay en la tierra sino Dios y ella" (Santa Teresa-Vida).

Un autor, que no recuerdo, llega a decir susceptiblemente que da repugnancia la tranquilidad con que los místicos españoles desnudan la fina piel de sus interioridades espirituales.

Se me antoja que para Jung los místicos representan un tipo de super-extravertidos, no tanto en sentido junguiano, sino ontológico, por necesidad de su substancia. Ella es creadora, y todo acto de creación implica extraversion, no de lo mero afectivo, sino de lo que nos asemeja a Dios y de lo que nos distingue de todo ser. Y en esa entrega de lo más íntimo y vital, lo profundo del yo, hay un sacrificio de amor, enorme, porque en el fondo esa extraversion ontológica, no es sino un afán de liberación del espíritu por evadirse del espacio-tiempo y de la materia, para intuir lo substancial del yo, o sea, en el hondón buscar a Dios, (en su vestigio que toda substancia lleva sellado), y el propio misterio diferencial. Y ocurre que al querer sacar al aire y luz el secreto de su universalidad y de su individualidad rebaja y destruye la pura joya, pues la engasta en la materia y cae "fatalmente" a las garras espacio-tiempo limitadoras, con olor a muerte y descomposición. Con angustia de no-ser, con dolor de lejanía.

Esta es la tragedia del arte y del artista. El ser limitado para expresarse tiene que sentir el flujo del no-ser. Es una liberación — o extraversion ontológica — por muelles sordos y silenciosos entre el mar y la costa, con estremecimiento nocturnal.

Así, la vida existencial se agarra a la vida perenne e inmutable de la esencia. ¡Así es la existencia! "A todos los éxtasis prefiero el sacrificio" con profunda y hermosa razón exclamó una mística moderna, Santa Teresita.

Los místicos españoles, por ser místicos, ellos que sabían lo que era el éxtasis de la intuición divina — Plenitud de Belleza, — y lo que era el gozo del alma llagada por la llama de amor viva, ellos sí que sabían sin duda lo que significaba el sacrificio del arte; y así, San Juan de la Cruz dice en el prólogo de "La Llama": "Alguna repugnancia he tenido en declarar estas canciones que me han pedido por ser de cosas tan internas y espirituales..."

En la cúpula del misticismo se recogen y resuenan perpetuamente las melodías del amor humano en su graduación polifónica, siempre a lo alto. Y allí se estremece con pasmo de sangre, el ritmo de la ardiente pasión española, y sopla

el viento y amor con que refrescamos nuestro camino terrestre de peregrinos, de lo Absoluto, allí se aspira a lentos sorbos, en olvido de sí mismo...

Poesía Mística, Mística hecha poesía. Oasis de puro amor en la soledad de la existencia!

“Venid a mi corazón los amantes que queréis fuego, y encended en él vuestras lámparas; venid a tomar agua a la fuente de mis ojos, porque yo en amor nací, y amor me crió, y de amor vengo, y en el amor habito” (Ramón Lull).

III

Conocemos para amar. Para conocer es preciso dividir y limitar. Expresar los límites de algo es definir. No vamos a dar frases definiendo poesía mística. Toda definición para que sea eterna y viviente debe anclar en esencialidad. Y si queremos comprender lo que “es” poesía mística, y que comprendiendo lo que “es” ya decimos definición, vamos a vislumbrar el contenido de amor que engendró la poesía y prosa mística de España.

Decimos contenido de amor, y es que por el misticismo es amor de Dios (Caridad) en su máxima y suprema expresión; pero no amor por amor, así como no arte por arte, sino amor por intuición de Dios. La mística es intuición intelectual de Dios, conocimiento supra-racional, más allá de la idea, más allá del discurso, concedida por libérrima voluntad de El, en un acto de su Gracia para amarle mejor; pues el conocer tiende al amor. Mientras más conocemos, más amamos. Y tanto el conocer como el amar tienden a la posesión, a la unión. ¡Unidad, Unidad, siempre Unidad!

Ahora encajemos esta explicación en el movimiento de la vida humana, y luego, veamos cómo se perfuma el arte.

Nos enseña el Tomismo — filosofía natural del espíritu humano — en qué consiste la perfección del hombre: Todas las criaturas vienen al mundo potencializadas, es decir, imperfectas, pero perfectibles. La voz de la potencia impulsa al acto, el acto es una conquista, una perfección. Esa aspiración a actualizarnos es el manantial del movimiento universal, del devenir creatural en pos de perfección.

La suprema perfección del hombre reside en el orden sobrenatural y consiste en unirse a Dios, en deificarnos.

El hombre — espíritu y materia — ser potencializado necesita desarrollar sus varias facultades o potencias, principalmente inteligencia y voluntad. La primera contemplando verdad, debe llegar a conocer la suprema razón de la existencia, el Supremo Destino, esto, que constituye el “sentido de la vida” y “el concepto del universo”, en una cultura madura y realista se logra mediante Religión y Filo-

sosfía, y la explicación suprema es naturalmente Dios, siempre Dios, Origen y Fin de la existencia.

Al conocer el hombre su Supremo Destino lo ama, y tiende a unirse a El. La unión del alma con Dios es la máxima perfección del individuo, que se realiza mediante el concurso de la Gracia y de la Libertad Humana, el motor y la dirección de nuestro buque terrestre, y en diversos grados y formas, desde la unión del campesino rudo, ignorante, pero puro y creyente, hasta la unión transformativa de un místico.

El camino de perfección está en la vía ascética y en la vía mística. La primera vía, al alcance de todos, la segunda depende de Dios y supone la primera. Ambas tienen las tres fases conocidas: purgativa, iluminativa y unitiva.

La vía ascética, camino de perfección, no es cosa de frailes y monjas. Cada cual en su estado puede ser perfecto cumpliendo las obligaciones propias del de cada cual. Tan ascético puede ser un casado cargado de hijos, como un hermitaño contemplativo. Cuando las cosas se hacen en función de Dios, por amor a El, tienen resonancia en la eternidad, y nos perfeccionan, pues sufrimos y gozamos por, El y para El. Si actuamos con otras miras, con olvido de su Presencia, ya no estamos en la vía ascética...

Dios ha querido dar mayor esplendor de su Gracia y a los místicos les ha concedido mayor unión (lo que supone mayor intuición de El), acompañada o manifestada con una serie de fenómenos extraordinarios, como éxtasis, revelaciones, transverberaciones, etc., que no son necesarios a la vía mística.

Pues bien: En España, el místico, al dar a conocer su doctrina de perfección principalmente, (que en el fondo es la vía ascética y mística, con diferencias accidentales según los autores) y al exponer sus experiencias, creó la literatura mística; y con esto realizó otro aspecto de la perfección a que todos estamos llamados, y en ello se explica la paradoja de contemplación y acción al máximo que caracteriza a los grandes místicos españoles.

Desde luego, para abreviar — en esa finalidad vemos la diferencia de la Poesía Mística con el resto de la lírica: Se hizo para enseñar la doctrina, fué una forma de apostolado, no fué arte por arte, sino arte por amor a Dios y a los hombres, reflejos de Dios, pequeños dioses en potencia. Fué expresión de maravillosa Caridad.

El apostolado, que es llevar a los demás la verdad contemplada, en definición de Santo Tomás de Aquino, no es sino la forma más elevada de la realización de nuestro rol de perfección social. Es el mandato de amor al prójimo. En España, la ascética y la mística engendran fecundo apos-

tolado, dinámica acción, por necesidad de perfección y por ley de amor. De ahí la actividad prodigiosa del místico español, apostolado literario, reformas, etc., todo para llevar y difundir la Suprema Verdad y Belleza contemplada y experimentada en secreta vivencia, en dulce e íntimo coloquio de Amado y amador.

* * *

Se dice que el Misticismo es un alejamiento, una fuga de la realidad. Todo alejamiento de una realidad supone búsqueda de otra realidad mejor, un ideal; nadie tiende a la nada, el no-ser no se ama.

Ir en pos de algo ideal, ensoñado, no es ir a lo irreal, sino hacia una realidad que se estima superior.

El Misticismo es un acercamiento a la Suprema Realidad, por acercamiento extraordinario de Ella en el alma que ama.

El nombre de místico se aplica fácilmente a diversos tipos españoles, y así, el conquistador, heroico, soñador, es un místico, por cuanto va en pos de un ideal, etc.

Esencialmente no es así, en sentido amplio, por rasgos comunes y semejanzas, se puede decir.

Lo que pasa es que tanto el conquistador del Renacimiento y los místicos eran católicos, y el uno y el otro, cada cual en su estado de vida, y cada cual dentro de su psicología y paisaje, comprendieron que la vida católica — basada en la naturaleza humana y sobrenatural — era la plenitud de vida, el Ideal, y en el fondo el mandato de Cristo. Y se dedicaron a llevar esta verdad a los demás en dinámica acción. Unos fundando conventos, para preparar mejores ministros de Dios, y los otros creando un nuevo sector del Cuerpo Místico de Cristo, es decir, de la Iglesia.

Este es el contacto esencial entre el conquistador y místico español. Las diferencias se ven fácilmente con lo ya esbozado. Se puede decir con cierta justeza que el místico es un conquistador con sotanas, pero sólo en sentido muy amplio, que el conquistador es un místico con espada. El grado de intuición de Dios que uno y otro tienen, establece abismos sobrenaturales y psicológicos.

IV

“Cúpula llovida de lágrimas yo no podría olvidarte.
Te llevaré ceñida como mi corazón, como mis manos
[como el grito
de la hoguera que estira a su flor para morir ha-
[cia el cielo”.

(Cruchaga)

Amar el arte es amar la Belleza, — y es un acto de gratitud, — ya que el arte nos crucifica la belleza para dejarla al alcance limitado de nuestros sentidos. En este aspecto el artista es un héroe, sacrifica el Ideal para ofrecerlo al mundo, es decir, se sacrifica a sí mismo, para traernos el Ritmo misterioso de todas las cosas. “Amarás la belleza que es la sombra de Dios sobre el Universo”, nuestra dulce y excelsa Gabriela en el Decálogo del artista aconseja.

Ningún arte y artista tan sublime como los místicos españoles. San Juan de la Cruz ha dado la campanada de resonancia constante en la cúpula del misticismo para que la escuchemos nosotros abajo. El nos hace recordar la presencia universal de Dios, sus palabras son flujo y reflujo de un mar que esconde un horizonte ilimitado, y un fondo invisible. Pero por encontrarse su voz entre horizonte y playa, a pesar de los romanticones que buscan alfeñiques y agonías interminables en todas las cosas, en vez de penetrar en la tragedia verdadera vital y limitada..., se hace tremendamente atractivo e interesante. Uno encuentra aquí su aspecto más consolador, el aspecto que nos pone más en contacto con él: es la universalidad de San Juan de la Cruz. Todos — aún los ateos sin saberlo, — en grados más pequeños, hacen eco a su dolor glorioso.

Se cree vulgarmente que el misticismo es dulzura de la Refinería de Viña, todo sonrisitas y palabritas blandas, y ojos blancos al cielo. El misticismo, es decir, la Poesía Mística, expresa en su mayor intensidad el Dolor y Felicidad del ser humano.

La voz que dice en plenitud de goce:

¡Oh llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mí alma en el más profundo centro!

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! Oh toque delicado,
Que a vida eterna sabe,...

es capaz de decirnos, en angustia y deseo de posesión definitiva:

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido;
Salí tras ti clamando, y ya eras ido.

Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero;

Si por ventura vierdes
 Aquel que yo más quiero,
 Decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores,
 Iré por esos montes y riberas,
 Ni cogeré las flores,
 Ni temeré las fieras,
 Y pasaré los fuertes y fronteras.

Oh bosques y espesuras,
 Plantadas por manos del Amado,
 Oh prado de verduras,
 De flores esmaltado,
 Decid si por vosotros ha pasado.

¡Ay, quién podrá sanarme!
 Acaba de entregarte ya de vero,
 No quieras enviarme
 De hoy mas ya mensajero,
 Que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan,
 De ti me van mil gracias refiriendo,
 Y todos más me llagan,
 Y déjame muriendo
 Un no sé qué que quedan balbuciendo.

Mas ¿cómo perseveras,
 Oh vida, no viviendo donde vives,
 Y haciendo porque mueras,
 Las flechas que recibes,
 De lo que del Amado en ti concibes?

¿Por qué, pues has llegado
 A aqueste corazón, no le sanaste?
 Y pues me le has robado,
 ¿Por qué así le dejaste,
 Y no tomas el robo que robaste?

Apaga mis enojos,
 Pues que ninguno basta a desahellos,
 Y véante mis ojos,
 Pues eres lumbre de ellos,
 Y solo para tí quiero tenellos.

Descubre tu presencia,
 Y márame tu vista y hermosura;
 Mira que la dolencia
 De amor, que no se cura
 Sino con la presencia y la figura.

¡Oh cristalina fuente,
 Si en esos tus semblantes plateados,
 Formases de repente
 Los ojos deseados,
 Que tengo en mis entrañas dibujados!

El sólo contraste que se produce entre el ser-límite y el SER ilimitado, la antítesis que experimenta el hombre ante lo infinito, Dios, engendra deseo de poseerlo, ansia insaciable en esta noche del espíritu.

“Tú que eres el Todopoderoso, no puedes impedir que yo te ame”.

(Claudel)

A pesar de la unión transformativa que “a vida eterna sabe”, el espacio-tiempo en que los hombres — pequeños dioses — están sumergidos, sigue su marcha, y como nunca es un encontrarse, un sufrirse entre dos vidas una vida que es vibración de lo hondo y vital, de la substancia destinada a lo absoluto eterno y sin límites, y otra que parece alejarnos del Destino, y nos muestra el devenir, lo fenoménico, lo que se mueve y se va, lo vanitas vanitatis. La ceniza, la piedra, el agua seca... Es el sentimiento trágico de la vida que nos habla Unamuno, es el significado hispano de la Vida, es Sueño Calderoniano. La vida breve de De Falla. Y es la fantasía de la conquista que lleva el eco resonante de lo eterno en las tres carabelas: Fe, Esperanza y Caridad...

Es el horizonte, y la costa que marchita la flor de inmenso perfume del mar. El flujo y reflujo de las aguas que esconden la luminosa flora submarina. La llama encendida al carbón que se desespera en chispas. Es el amor a oscuras que no logra encontrar en lo creatural, y locamente busca más allá, siempre más allá, hacia la Luz y Pasión definitiva. Es la inmortalidad que huele horrorosamente no-ser, la voz de San Juan de la Cruz en nosotros, y es la inmortalidad anticipada que bebe Plenitud para él.

Yo no sé, pero este frailecito, pequeño, delgado, sin grandes gestos, ni poses, convencido de su pequeñez ante El, que ama por ser total belleza, cuyos ojos ven las cosas de la tierra vestidas de la hermosura del Amado, y se levanta de la tierra en maravillosos éxtasis y gozosas contemplaciones, este dinámico apóstol de Cristo, que a veces “pasa algunas horas sentado a la mesa de su celdilla dibujando, labrando imagencitas de maderas” (Crisógono de Jesús) y va por los campos amándolo todo porque en la hierba o en el árbol está la Huella, para llegar a los poblados, villorios o ciudades, y hacer una verdadera revolución, por cuestión de zapatos... Por zapatos que sepan sentir las espinas y pedruzcos del camino, para conocer la rosa encendida y el puro diamante. Este “medio fraile” resume todo lo que de misticismo se puede decir y de poesía mística se puede beber. Nadie tan simpático como él, y no digo una vulgaridad sentimental. Simpatía, es vibración acorde, y en este caso no

de lo mero afectivo, en cuanto afectivo... Como ya lo expresamos, él representa en el arte poético, la tragedia más profunda y universal, el dolor de las criaturas en pos del Creador, el anhelo tremendo por Unidad transcendente, a pesar de la inmanencia.

Dice Menéndez Pelayo que no hay poesía más angelical, celestial y divina, que ya no parece de este mundo, imposible de medirla con criterios literarios mediocres. Si todo eso es verdad, nada tan cierto que esa poesía es la más propia de este mundo, y la más humana, no en el significado vulgar y prostituído e invertido de esa palabra. Algunos entienden por humano, exaltación de instintos carnales y pura afectividad sensiblera. Lo humano es la plenitud del espíritu girando en pos de más espiritualidad, con giración teocéntrica, no antropocéntrica. El hombre es el ser que por esencia lucha desesperadamente contra sus barrotes, y en sus barrotes sabe ver escondida su imagen interior y con ella se consuela por instantes. Porque el valor metafísico del tiempo está en que nos habla de lo eterno, y el valor metafísico del espacio está en que nos habla de lo que no tiene límites. Por eso el hombre contempla el Mar y sube la Montaña...

El espacio y el tiempo son frutos de la materia y de la carne. El espíritu es nacido para sobrepasarlos. Es lo humano... Y en el arte la poesía mística, nos está mostrando cual ninguna ese afán de superarlos, pues nos trae cual ninguna, el recuerdo de la presencia universal de Dios. San Juan de la Cruz, hizo versos y los glosó, después de haber experimentado unión extática, sin embargo, seguía siendo peregrino de lo absoluto, y así llega a decir en "La Llama":

"Acaba ya si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro".

La Poesía Mística es un compás de olvido en la remembranza de nuestro Destino...

V

Y ahora quiero vivificar una vez más el tema, esta vez en sentido horizontal.

No puede dejar de sorprender, el constatar un verdadero renacimiento de la poesía mística en el mundo: Hay nombres de primer orden artístico, que sienten la nostalgia de lo absoluto. Claudel, Luis Rosales, Miguel Hernández, autores de autos sacramentales. En música, al decir de un crítico, se refleja uniformemente, en los nuevos compositores; preocupaciones de orden espiritual o aún místico. Y así, pode-

mos citar a Olivier Messiaen, autor de "Nueve Meditaciones sobre la Natividad del Señor".

Pero es preciso partir de la raíz de todo movimiento, de toda renovación: La filosofía contemporánea, desde Bergson, en su persecución por la intuición pura — nueva forma de penetrar en el ser, — revela una aspiración que podemos llamar mística, es un conato tremendo por Unidad, más allá de la idea... Y eso tiene que traer resonancia en el plano de lo estético.

Y todavía, desde el plano puramente artístico ya se sabe la característica contemporánea: purificación, o sea, eliminación de todo lo superfluo y accesorio para transparentar mejor la Idea y el Ideal. En poesía se ha arremetido contra la palabrería y la métrica congeladora, especialmente la adorada rima anti-unitaria... En arquitectura desaparece lo rococó y rebuscado, y quedan líneas puras. Así, el esplendor del Ser, que es la belleza, se hace más transparente, más sensible, aunque parezca paradójica, y la materia pierde densidad, se adelgaza como en las figuras del Greco, para hacer brotar de su seno el hijo espiritual de lo estético.

Este afán de purificación estética es profundo, expresa toda la aspiración y gravitación del Hombre: la Unidad.

Esta vía de purificación — y a esto queríamos llegar — tiene un encanto irresistible, es como la vía ascética, que prepara el renacimiento de la poesía mística en el mundo, y ya nombres como los citados, lo van afirmando. No son místicos propiamente, ni frailes, sino seculares, son miembros de la Acción Católica, que llevan el signo cruzado de amor, y de sus meditaciones fecundizan apostolado artístico. Y así como el más místico de los hombres, y el más hombre de los místicos, nos vuelven a recordar, en esta hora trágica del mundo, hora de derrumbes y desmoronamientos, hora de renovación, hora en que la civilización es como un enorme navío de rascacielos sumergiéndose inmensamente en las enormes aguas de la eternidad, la armonía perpetua, la silenciosa música de las cosas, "las palabras que quedan en el blanco del papel", el ritmo sacramental de la existencia. Nos insuflan el hálito de la VIDA. Y, que — en las palabras de mi estimado amigo Clarence Finlayson — "Escapar a la Muerte en todas sus formas, — para buscar lo perfecto — es el eydós del mundo. La Muerte y el mundo son un velo cubriendo la ausencia de la VIDA" (Analítica de la Contemplación).

"Ambición de ser mar de las manos viriles.

La presencia es un ala del amor de las cosas,
ascensión hasta el vuelo que agoniza en el ojo
con la angustia de la concha en la arena.

La mano más pequeña desplegará la honda,
¡Dame el cántico, amor, del puro vencimiento!
¡Mis manos son el mar, y la brisa y la nube!
¡Tú solo, amor, tú solo, y alerta, alerta, alerta!

(Luis Rosales—"Oda del ansia").

Alfredo Lefebvre R.

Valparaíso-Viña, Marzo de 1938.

"EL DIARIO ILUSTRADO"

Las mejores informaciones del país y del extranjero.
Su página de redacción no tiene competidor
en el país

Escuche nuestra Radio Estación, trae los mejores programas
Exija a los suplementeros **"EL DIARIO ILUSTRADO"**
Oficina de avisos y suscripciones: MONEDA 1158

Enemigos Públicos

Por Luisa Lira
Visitadora Social del
Consejo de Defensa del
Niño

En la mayoría de los países del mundo, los criminales y todos aquellos que faltan abiertamente a las leyes son considerados enemigos públicos. Título que se les da para marcarlos ante la sociedad como enemigos de todo lo bueno y honesto, como enemigos del progreso moral y material de la Patria. Son los que trataron de introducir la semilla corruptora en el pueblo y por eso se les marca con un nombre infamante, se les convierte en los réprobos de la sociedad y por eso, se les persigue en todas las formas posibles.

Pero aquí, en nuestra patria, los enemigos públicos son otros, otros los seres a quienes se persigue, otros los que no son dignos de habitar en ninguna parte. Aquí los enemigos públicos son los niños.

Sí, el niño, ese milagro del amor humano con soplos divinos, ese pequeño templo de un alma pura, esas manitas que se nos tienden con una sonrisa que deben envidiar los ángeles... Ellos son los enemigos públicos... Empiezan por ser perseguidos en el hogar. ¿Tener niños? ¡Qué horror!... Oh no están los tiempos para ello! Pero ¿no es un crimen suprimir una vida? Y, sin embargo, todas lo hacen?

Los ricos, salvo poquísimas excepciones, ¿tienen más de dos o tres hijos? Y eso que ellos no pueden alegar mala situación económica.

¿Y dónde se va con muchos niños? Empezando por las casas, nadie arrienda a matrimonios con niños. Ya se sabe que la primera pregunta que se hace al presunto arrendatario es: ¿Tiene niños?

—Uno, dos.

—Con ninguno o prefiero tener la casa vacía.

—Pero, señor, la casita es de tres piezas, es cara ¿y todavía pone condiciones?

—Busque Ud. en otra parte. ¿Con niños? ¡Qué horror! Todo lo rayan, lo ensucian y cuando juegan dan unos chillidos espantosos y el vecindario reclama... Con que, no insista Ud.

Y así el infeliz sigue el peregrinaje de casa en casa y siempre la misma pregunta: "¿Tiene niños?".

Y la verdad, es que el pobre sólo tiene cabida con sus hijos en aquellas casas que nadie quiere tomar, por lo malas que son, o bien en una espantosa cité común, y si es obrero en algún inmundo conventillo y eso... después de mucho rogar.

Viene, en seguida, el tiempo de ir al colegio:

—Voy a colocar mis niños al Liceo.

Al cabo de dos o tres meses:

—Estoy agobiado, son cuatro y tengo que pagar derechos de matrícula y de examen. Sin contar otros gastitos de libros, cuadernos, carros, uniformes de diario y gimnasia, etc.

Y si es obrero:

—Son siete, y ahora es tan difícil conseguir que en la escuela les den libros. Gano \$ 12 diarios; tengo que pagar el cuarto, comer, pagar carro, vestirme, los chiquillos no saben lo que es usar zapatos; se visten de cosas usadas compradas de ocasión; la mujer sólo se lleva parchando y zurciendo. Vivimos sólo para pagar cuentas y medio comer, pues al precio que están las cosas no alcanza para más.

¿Y qué hacer para mejorar esta lamentable realidad? Muchos pensarán que hay asilos para niños, que el Gobierno debe ocuparse exclusivamente de esto, etc. Pero no, no echemos la carga al vecino. Uno de los males de nuestro país es que cada cual piensa: "esto no me corresponde a mí, pero, le viene a Zutano". Y Zutano piensa que es para Fulano y éste que para Mengano y así sigue la cadena y nunca llegamos a nada efectivo.

Pensemos qué nos demuestran estos pequeños cuadros presentados:

1.º.—Falta de conciencia cristiana en el matrimonio por aquellos que lo toman como algo novedoso y necesario a lo que hay que llegar, pero evitando cuidadosamente la amarra de los hijos.

2.º.—Falta de conciencia pública sobre el valor del niño: Por parte de los padres, por parte de las autoridades, por parte de los patronos, por parte de los arrendadores.

Los padres consideran un estorbo y una molestia al niño, por las responsabilidades que acarrea y las cargas económicas que significa.

Las autoridades se desentienden de la actual situación del niño, y no procuran mediante leyes prácticas y bien estudiadas sobre salarios, arrendamientos, educación etc., aliviar la situación de los padres con muchos niños.

Las autoridades no procuran evitar en los barrios muy populosos las cantinas y prostíbulos, negándose en esta forma a velar por la moral de los menores.

Los patrones no pagan sueldos a conciencia a sus operarios, y en muchos casos, cuando es obligatorio el salario familiar, evitan tomar a los que están casados.

Los arrendadores hacen efectiva guerra al niño evitando ceder sus casas a los matrimonios que los tienen o cobrando cánones exorbitantes. Los que arriendan conventillos, no dan en ellos comodidad alguna para el niño y en muchos casos se niegan a hacer los más elementales arreglos con el pretexto de que los menores lo echan a perder todo.

Y así vemos cómo van aumentando las dificultades en torno del pequeño enemigo público, llegando la situación a hacerse insostenible en aquellos hogares donde hay muchos.

El infeliz matrimonio que tiene conciencia se ve acosado, corrido y angustiado por las difíciles situaciones económicas que debe afrontar. En cambio aquel otro que no ha vacilado en el crimen está asegurado, estimado y en muy buena situación.

Y bien ¿qué hacer entonces?:

1.º.—Una guerra activa, enérgica y sin contemplaciones a los que comercian con las vidas en germen, aplicando severos castigos tanto “al que peca por la paga, como al que paga por pecar”.

2.º.—Tratar de formar la conciencia popular sobre el inmenso valor del niño mediante ayudas al matrimonio con muchos hijos, campañas de prensa y revistas (escogiendo aquellas que lee el pueblo) afiches, charlas, radio etc., usando, en una palabra, todos los medios modernos de propaganda.

3.º.—Luchar por la implantación del salario familiar obligatorio en toda clase de trabajos. Castigar con multas u otras penas a aquellos patrones que no quieran tomar a su servicio obreros u empleados casados y exigir a todas las empresas e industrias mayores que un setenta por ciento del personal a su servicio esté compuesto por obreros u empleados casados.

4.º.—Exigir que toda cité o conventillo tenga un patio o una terraza donde puedan jugar los niños.

Tratar de llegar a una rebaja de los actuales cánones de arriendo.

Estudiar una fórmula mediante la cual no se pueda rebasar el arriendo de una casa a un matrimonio con niños, siempre que sean estos la única causal por la que se niegan a arrendarla.

5.º.—Preocupación por las autoridades de que las casas, cité, conventillos estén siempre en buenas condiciones de higiene.

6.º.—Creación, por lo menos cada diez cuadras, de una plaza de juegos infantiles arreglada en tal forma que también preste servicios en Invierno.

7.º.—Creación de baños públicos exclusivos para niños.

8.º.—Facilidades concedidas al máximo a todos aquellos matrimonios con más de cinco niños en lo referente a instrucción escolar, tales como excepciones de derechos de matrícula, exámenes, rebajas de pasajes en góndolas y carros, mediante la presentación de un carnet escolar que se daría gratuitamente al alumnado de todos los establecimientos.

9.º.—Combatir enérgicamente en todos los barrios de gran población infantil las cantinas, billares, cabaret, prostíbulos; etc.

10.º.—Vigilancia y censura estricta de las revistas que por su bajo precio pueden comprar los niños.

11.º.—Hacer cumplir en todos los teatros los dictámenes de la censura no permitiendo la entrada de menores en los espectáculos no aptos para ellos.

12.º.—Organizar en cada barrio un Centro Juvenil, que tenga por fin la formación moral y física de sus asociados.

Naturalmente hay muchas otras cosas, pero si empezamos por esto siquiera, creo, que se podrá decir, que decrece la persecución contra nuestros pobres "enemigos públicos" y que talvez en el futuro no se tema tanto la responsabilidad del hijo, porque los esposos educados y con su conciencia debidamente formada sabrán lo que es el matrimonio cristiano.

Todo es cuestión de empezar la campaña. Pero ¿quién se atreve?...

EL PENSAMIENTO EN EL MUNDO

“Reflexiones sobre el Espíritu Católico”

Se ha hecho de uso corriente en el mundo religioso de hoy la expresión “espíritu católico” o “cristiano”, para acabar por significar como todas las grandes palabras, realidades diametralmente opuestas. Para unos el espíritu cristiano auténtico es el de prudencia ó el de contemporización; para otros al revés, es el de absoluta intransigencia en los principios y en la práctica. Para unos es el espíritu tradicionalista para otros el revolucionario ó reformista. Y así en la confusión actual todos se creen con derecho para apelar al espíritu cristiano, disfrazando detrás de esta palabra, todos los prejuicios, todas las desviaciones de criterio propias del racionalismo o del iluminismo religioso. A aclarar este concepto y precisar su verdadero alcance ha contribuido el distinguido profesor lovaniense J. Leclerc en un artículo intitulado: “Reflexiones sobre el espíritu católico” que aparece en “La vie intellectuelle”.

Es absolutamente lógico para investigar el sentido de una propiedad acudir a la misma esencia que la posee y de donde dimana y no escoger como tipo de referencia un sujeto que puede poseerla accidental o superficialmente. Para saber lo que significa **cristiano** no hemos de fiarnos en lo que entienden por este nombre ni un Dostoiewsky o un Berdiaeff. Hemos de comprender en qué sentido es cristiana la misma Iglesia, la misma sociedad fundada por Cristo. He aquí la clave para interpretar esa palabra:

“El espíritu católico es un espíritu de unión con Cristo en y por la Iglesia”.

En primer término no hay espíritu católico sin comunión con la vida íntima de Cristo, vida que no puede transfundirse y manifestarse en nosotros si no es por su Iglesia, que es su cuerpo místico, la expresión visible de Cristo a través del tiempo. Catolicismo sin Cristo o sin Iglesia son palabras en el aire, formas sin contenido.

Y por ser tal la Iglesia, es decir, la prolongación y complemento de Cristo en la Historia, nos enseña algo que no está por lo menos explícitamente en la vida individual de Cris-

te en el mundo, y lo primero que nos descubre es el hecho de su misma vitalidad, de su desenvolvimiento en la sucesión histórica, que afecta tanto a los dogmas que profesa como las costumbres que la distinguen. Podría creerse este desarrollo semejante al de un teorema geométrico que procede de lo más simple a lo más complejo según las exigencias lógicas. Pero no es así.

“El desarrollo de la Iglesia en todos los dominios se verifica según un ritmo a la vez continuo e irregular, una especie de ondulación cuya dirección no varía, pero cuyas curvas van variando en altura como en amplitud”.

Es que el ritmo de las cosas vivas no se rige por las matemáticas, ni por la lógica de las cantidades; ni una brizna de hierba, ni el mundo complicado de toda una civilización. Con esto el desenvolvimiento de la Iglesia se asemeja por su aparente incoherencia, al de las cosas vivas. Porque ella en verdad está injertada en las honduras de la forma de vida más alta y a la vez más compleja: la vida del hombre y sigue su misma condición terrestre y mortal.

“Dúctil como es preciso serlo para conformarse con la diversidad de los hombres. Esta diversidad, esta superposición de capas de aluvión añadidas de siglo en siglo sin destruirse, acaba por producir lo eterno. Lo que se desprende de esta diversidad es, al fin de cuentas, lo que es común a todos, lo humano y lo divino en su matiz de unión con lo humano tal como Cristo lo ha realizado”.

Es la doctrina del “presente histórico”, magistralmente desarrollada por Unamuno, en su oposición al pasado y a la tradición ya muerta, la que se aplica a la Iglesia.

También ella (y en forma eminente) tiene un “presente” que no es solamente “histórico”, como el de las demás sociedades humanas, sino también supra histórico.

Este presente de la Iglesia se va explicitando primariamente en su dogma, y secundariamente en su liturgia como expresión cada vez más acabada y conforme a las circunstancias históricas de las verdades dogmáticas.

Pero si la Iglesia es una vida, un movimiento, ha de tener una finalidad:

“El móvil que domina la vida entera de la Iglesia no es el deseo del saber o el amor a una bella organización, sino la caridad, un amor devorador por las almas que es el mismo amor que Cristo tiene por ellas”.

Esto es de suma importancia. Si hubiéramos de juzgar a la Iglesia y su vida, desde el puro punto de vista científico o estético, como si su finalidad fuera encarnarnos una verdad

abstracta o una belleza pura, le hallaríamos, sin duda, muchas deficiencias. Pero si la Iglesia en su vida misma encarna una verdad abstracta o una belleza esto es por sobreabundancia: la finalidad de su movimiento es otra.

“La historia de la Iglesia es la historia del modo por el que el Espíritu divino utiliza los acontecimientos de la historia, la santidad o la infidelidad de los mismos cristianos, para desarrollar el reino de Dios en este mundo. Este desarrollo no es principalmente, un desarrollo cuantitativo, un crecimiento numérico de los católicos, sino un desarrollo interno, un enriquecimiento continuo de la vida y del pensamiento cristiano”.

Importa hacer notar esta búsqueda de la **calidad** y no de la cantidad, que es uno de los caracteres más notables de la conducta del Espíritu de Dios en su Iglesia. Si todos lo comprendieran no harían como aquel personaje de Aldous Huxley una abyección contra la santidad, del hecho que no haya salvado al mundo todavía.

Comprendiendo lo que es la Iglesia, lo que significa su vida, su actitud práctica ante las diversas circunstancias históricas, podemos oponer al auténtico espíritu católico otras especies de espíritu” que puedan encubrirse bajo ese nombre.

“El espíritu cristiano es un espíritu sobrenatural. La caridad cristiana substituye la prudencia humana por otra prudencia más alta que es, si hemos de dar fe a San Pablo, locura a los ojos del mundo”.

Si la gran superioridad del cristiano es tener una luz superior para juzgar y obrar en el mundo, es también el gran escándalo. El mundo no aceptará jamás resignadamente la condenación que implícita o explícitamente recibe de la Iglesia. Reconocer esa luz superior sería acusar, su propia indigencia, su propia vergüenza y malicia, y lo peor es que ese espíritu del mundo puede también disimularse y así infiltrarse en los miembros vivos de la Iglesia.

“Entre los cristianos, especialmente entre aquellos que se educaron en la fe desde la infancia — es, en nuestro tiempo, la mayoría neta, — la fe cristiana se concilia a menudo con una falta de amor para lo que es más propiamente cristiano en el cristianismo, esto es, para lo que es propiamente sobrenatural y para el heroísmo de la caridad. Se aferran con preferencia a la sabiduría natural que el cristianismo supone y consagra, a la religión natural, a la moral natural — oración respeto de la vida, de los bienes del matrimonio, — y se empeñan, a veces sin tener conciencia de ello, en minimizar en el cristianismo todo lo que pertenece a la acción de la gracia o es don de sí mismo”.

Espectáculo de cada día: cristianos que insisten siempre en la bondad natural del cristianismo, en sus exigencias comunes, generales, fáciles de satisfacer por el hábito o la rutina, pero incapaces de adaptarse a las situaciones nuevas o imprevistas, incapaces de concebir una obligación que rompa demasiado con las convenciones, las ideas reinantes o las costumbres. Sobre todo cristianos que no usan la fe para comprender el cristianismo, sino o la enseñanza recibida y mecanizada en cuadros inmóviles o incierto buen sentido natural y precario.

Este espíritu natural tiene sutiles ramificaciones, variadas formas de presentación. Puede atacar a ciertas partes sumamente vitales en el cristianismo:

“El peligro de este racionalismo cristiano no exime ni siquiera a los teólogos; explica muchas herejías que quieren conformar a Cristo con la sabiduría humana; explica en moral tanto el laxismo como el rigorismo y explica también por qué la Iglesia exige la santidad de aquellos a quienes reconoce como sus doctores. El que tiene la ambición de interpretar la doctrina o la moral de Cristo debe antes que nada tender a la santidad”.

Estas reflexiones no caen en el aire. Urge recordar hoy día a todos los que predicán el Evangelio, a los que lo adaptan a las necesidades sociales de la hora presente, que les es imprescindible el don de la fe. La preparación científica o técnica es tan solo un esqueleto sin vida, sin ese espíritu de fe que sólo puede revelarnos los designios de Dios y hacernos cooperar íntimamente a su obra redentora. Y en el mismo orden de la teología especulativa y práctica, el simple esfuerzo humano acaba en la más absoluta esterilidad, incapaz de reducir a la unidad los numerosos materiales acumulados por la ciencia o de explicitar un grado más las verdades del dogma. Como si las necesidades de las almas no exigieran un progresivo desenvolvimiento de las verdades reveladas y una progresiva adaptación a las circunstancias variables de la acción práctica.

Como consecuencia inevitable de lo dicho se ha de mirar con desconfianza todo entusiasmo demasiado puramente racional por el cristianismo:

“Es preciso desconfiar de un cierto cerebralismo religioso que se entusiasma intelectualmente por la fe cristiana sin sentir un anhelo igual de unirse a Cristo por la santidad de vida”.

Porque también el cristianismo tiene como una corteza, una superficie que cualquier hombre inteligente puede apreciar sin que por esto le sea dado comprender el organismo vivo que se esconde dentro. Son muchos los casos de esta admiración parcial por el cristianismo. Ayer fué Augusto Comte,

hoyes Maurras. Y el peligro de semejantes casos está en la ingenuidad de muchos cristianos que consienten de esta manera en la naturalización de la fe. La única forma de abordar la fe con la razón está en la obra viva de un Santo Tomás. Pero en este caso precisamente la razón no obró jamás sino conducida, dirigida e iluminada por el don de la fe. Por eso Santo Tomás, aunque muchos piensen lo contrario, como Berdiaeff, no intelectualiza la fe, no reduce el dogma a un puro conjunto de fórmulas humanamente inteligibles. Lo contrario es lo cierto. La obra del Angélico Doctor puede definirse como una maravillosa sobrenaturalización de la razón metafísica. Es la subordinación más pura, más perfecta de la inteligencia a la luz de la fe:

Tocamos finalmente a un poderoso enemigo del espíritu de fe: la rutina.

“La rutina es una forma de la pereza que nos lleva a aferrarnos a los hábitos no en razón de motivos que los justifican cuando se adquieren, sino por lo que son, por comodidad. La vida cristiana y el desarrollo de la Iglesia importan la creación de costumbres y de instituciones de las que unas responden a exigencias permanentes de la vida de la Iglesia, otras a exigencias pasajeras, otras finalmente son abusos”.

El espíritu de rutina es universal. Es el peso de la carne luchando contra el espíritu, pero de una carne que se disfraza no pretendiendo en apariencia abatir al espíritu, sino solamente impedir su libre progresión. Espíritu fatal en el cristiano pues contraría una ley fundamental de su vida, que es la aceleración en la caridad.

Pero también existe otro espíritu enemigo del cristianismo, esencialmente falaz; un espíritu de innovación inconsiderada, que por luchar contra la rutina no se sujeta al ritmo tranquilo del Espíritu de Dios.

“El espíritu católico se sitúa entre estos dos extremos: se aferra a la tradición de la Iglesia que es continua y en la que por lo tanto hay algo permanente. Pero distingue esta tradición de los hábitos accesorios de importancia secundaria que pueden desaparecer desapareciendo las causas. A medida que el espíritu católico se desarrolla va disolviendo la rutina”.

Todos debemos cooperar a esta necesaria obra de selección entre lo eterno y accesorio en la vida cristiana. Pero antes es preciso impregnarse en el espíritu de la Iglesia que es el de Cristo. El sólo puede revelarnos la línea de demarcación entre esas dos zonas de realidades.

Estas reflexiones nos han de llevar a una conclusión que importa meditar:

“Talvez la primera necesidad de la Iglesia en este tiempo es disponer de un grupo de católicos tan integralmente cató-

licos que pueden pensar sin estar continuamente preocupados por permanecer ortodoxos”.

Es necesario que nuestra conformidad con el espíritu de la Iglesia, con su dogma y su moral, no se funde solamente en consultas de documentos y libros, sino que proceda con naturalmente de nuestra misma virtud de fe. Así conoceremos prácticamente que nuestra fe está viva y sobre todo de esta manera podremos colocarnos al nivel de nuestro tiempo, infundiéndole por dentro aquella savia, aquella fuerza viva que necesita para rectificar su marcha y servir en la medida determinada por Dios a los intereses de su obra redentora y santificadora.

G.

El mejor tónico cerebral

“Fitosan”

del Instituto Sanitas.

A base de fósforo, calcio y magnesio



IDEAS Y HECHOS

Historia

Una nueva vida de San Martín La brillante personalidad de don Ricardo Rojas, prominente escritor argentino, no es desconocida para los chilenos. No sólo se conocen aquí sus libros, y en especial su historia de la literatura argentina, sino que también, a través de un breve viaje veraniego, el propio autor creó en Chile amistades entre escritores, periodistas y eruditos. Inquieto y polifacético en sus actividades, el señor Rojas ha abrazado, con idéntico fruto, la poesía y el ensayo, el drama y la crítica literaria, y ha creado, con el ejemplo de su misma obra así como con la postulación teórica, una doctrina de "argentinidad" que propone a sus compatriotas. No ha permanecido la política ajena a sus excelentes intenciones de divulgador, y hace pocos años el cable nos daba cuenta de que el señor Rojas iniciaba su intervención en la vida pública de su patria. No sabemos qué suerte habrá corrido el político en este caso; pero ligando fechas hemos venido a encontrar en estos devaneos con la cosa pública una explicación a los descuidos de su obra más reciente que hemos leído. Nos referimos a "El Santo de la Espada", vida de San Martín que don Ricardo Rojas publicara en Buenos Aires en el curso del pasado año 1937.

A pesar de haber intentado ya anteriormente la historia, bien que limitada a la obra literaria de la República Argentina, el señor Rojas no parece moverse aquí en su propio terreno. El libro, como fruto de un cerebro especialmente adiestrado en faenas literarias, está bien escrito, y si en él pudiéramos echar de menos esa sencillez de estilo que aumenta el agrado de la lectura de obras históricas, un conocedor de las letras transandinas nos podría observar que en ellas hace ya escuela la forma ampulosa y barroca. Para el autor la vida de su héroe está llena de símbolos trascendentales: el propio nombre de la modesta localidad en que nació San Martín, Yapeyú, "quiere decir en lengua guaraní:

“lo que está en sazón”, “el fruto llegado a su tiempo”, como si el nombre de la cuna indígena marcara ya, con una voz de oráculo, el destino del héroe” (P. 27). Para el señor Rojas el que tal patricio, fundador de la República Argentina, lleve nombre de santo, San Martín, es un indicio de las excelencias con que el destino habría de colmar su vida. El libro suele fluctuar no pocas veces entre los caprichos de un simbolismo al cual el autor se deja arrastrar con entusiasmo, y las verificaciones de la historia. El título mismo, “El Santo de la Espada”, muestra ya lo que estamos señalando, es decir, la inestabilidad del criterio del señor Rojas entre lo que como historiador le es permitido afirmar y lo que como poeta y creador de mitos y de símbolos, fantaseará cuando le plazca.

De esto resulta una historia disfrazada por la poesía, todo lo encantadora que se quiera, pero que no es capaz de contestar las preguntas que, movido por deseo de precisión, plantea el que lee al autor. ¿Por qué San Martín, dominado por su gran espíritu de paz, que el señor Rojas proclama, que le llevaba a no mezclarse en luchas civiles que pudieran comprometer la causa de la revolución, se abanderizó en el partido de O’Higgins? ¿Por qué ante la prepotencia y altanería de Bolívar cedió mansamente el campo? En un caso y en otro el santo de la espada se encuentra con hombres que tienen la fuerza, y antes que optar por Carrera, casi impotente en su amarga oposición a O’Higgins, y por hacer suya la gloria de Ayacucho, se esfuma y deja el paso libre a los triunfadores de la hora. En el recuerdo de los que saben algo de historia está viva la frase de San Martín a O’Higgins refiriéndose a Manuel Rodríguez: “A la primera que haga, le daremos el golpe de modo que no lo sienta”.

Pero en la visión que el señor Rojas tiene de su santo de la espada, hay olvidos que desconciertan. ¿Por qué esconde el autor las graves y repetidas tentativas monárquicas del místico del Sol, San Martín? ¿No conoce acaso la obra de Villanueva en que se documentan las actividades de San Martín enderezadas a formar un gobierno monárquico del cual él, San Martín, iría por cierto, a ser el ápice? Ernesto de la Cruz en Chile también trató este punto, que no es ya un misterio para el historiador concienzudo e imparcial y que no podrá dejarse de mencionar en ningún libro que pretenda contar con buena fe la vida de San Martín. El historiador que no haga mención a estos detalles del héroe argentino cometerá dos errores importantes. El primero, de orden técnico, puesto que la misión de todo historiador que se respete será contar todo lo que se sepa de su héroe, lo bueno y lo malo, a no ser que su intención no sea tan seria ni imparcial como exige el género histórico. El segundo, de

orden moral, puesto que al no mencionar los devaneos monárquicos de San Martín implícitamente asienta que le parecen condenables y que no deben, por tanto, figurar en su obra, con lo cual confiesa que le interesa más glorificar a su héroe que mostrarle tal como fué él en realidad.

Pero en fin, además de estos reparos de orden general, el libro del señor Rojas merece rectificación por algunos errores de hecho que se han deslizado en la redacción, sin duda debido a la prisa con que el autor ha debido componerle. En medio de las agitaciones políticas, difícil es que el historiador conserve el tiempo suficiente para cuidar hasta el último detalle de su obra. Así nos explicamos los lapsus que siguen.

En la página 154 de su obra el señor Rojas dice: "Descubrió a José Ignacio Zenteno, un tabernero, emigrado en Mendoza". Por el sentido obvio y natural de la frase, el lector desprevenido puede pensar que don José Ignacio Zenteno era de profesión tabernero. Nada más lejos de la verdad. El señor Zenteno, prominente patriota, debió accidentalmente abrazar esa profesión en Mendoza cuando, desterrado desde 1814, hubo de buscar un medio de subsistencia lejos de los suyos y de su patria. La vida posterior del señor Zenteno, una vez reintegrado a su suelo natal, prueba que no era la por cierto profesión de tabernero aquella para que había nacido.

En la página 181 leemos que San Martín en 1817 habría renunciado al gobierno de Chile, "fiel a su norma de abnegación política". El historiador ha sufrido un error imputable a su propósito de exaltar hasta lo divino las proporciones de su héroe. San Martín traía desde Buenos Aires instrucciones precisas de no aceptar el mando y de entregarlo a O'Higgins, por razones obvias. Es verdad que en esos años no existía un concepto de nacionalidad tan severo como el que hoy rige, pero a los patriotas porteños no podía escapar que sería mejor recibido a la cabeza del Gobierno chileno un hijo de Chile, como O'Higgins, que un extranjero como San Martín. Por lo demás, que no era la abnegación política, al decir del señor Rojas, lo que predominaba en San Martín, por lo menos en lo que toca a entregar el Gobierno a los nacionales de cada país, queda acreditado con lo que más tarde hizo en el Perú. Precisamente una de las causas del fracaso de San Martín en Lima fué la prescindencia de peruanos en el Gobierno del antiguo Virreinato, que aisló al prócer argentino y le hizo sospechoso a los ojos del pueblo limeño.

En la página 204 dice el autor: "Los comerciantes ingleses habían resuelto formar un cuerpo denominado Húsares de la Muerte, para defender sus intereses". Debe el lector

darse cuenta de que el señor Rojas habla de Chile y de esa organización que con Manuel Rodríguez a la cabeza, conquistó jornadas de gloria para nuestra patria. Puede parecer mezquindad anti-chilena del señor Rojas afirmar semejante cosa; por nuestra parte pensamos sólo que es mala información, insuficiente conocimiento de la historia, muy explicable en quien no se ha especializado en ella ni ahondado cabalmente sus dificultades. Manuel Rodríguez organizó los Húsares de la Muerte, y no los ingleses de Chile, los cuales no eran ni tantos ni tan influyentes como para acometer empresa de tal envergadura.

Tampoco ha llegado el señor Rojas a conocer bien la geografía de Chile, como queda acreditado en la página 241 de su relato. Allí dice, en efecto, que San Martín en 1820 "se ha instalado en el campamento de Rancagua, cerca de Valparaíso, donde la escuadra se apercibe para llevarlo al Perú". Y es curioso este lapsus si se atiende a que el señor Rojas ha estado en Chile, aunque por cortos días, los suficientes para darse cuenta de que Valparaíso y Rancagua no están precisamente cercanos.

Finalmente, la más estupenda novedad que se registra en el libro del señor Rojas es la que se contiene en la página 521. Aquí el autor está haciendo una recapitulación de las virtudes de su héroe, y cuando llega el turno a la magnanimidad, dice: "En el campo de Maipú, abrazó al vencido General Osorio". ¡Extraordinario! Jamás historiador alguno había llegado al extremo de decirnos cosa parecida. San Martín era parco para dar abrazos, y en la jornada a que se refiere el señor Rojas, es decir, en la de San Martín, no fué él quien inició el abrazo que le unió con O'Higgins, sino éste que saliendo a la carrera de Santiago, donde estaba con un brazo en cabestrillo, fué a ponerse a las órdenes del prócer argentino para lidiar juntos la batalla. Confundir a O'Higgins con Osorio es cosa fuerte; hacer retroceder a Osorio, que huía, para que reciba un abrazo de San Martín, cosa más fuerte aún; alterar, en fin, todo el contenido del hecho histórico, cosa fortísima e inaceptable. En ese abrazo de San Martín y de O'Higgins los chilenos de hoy vemos un símbolo de la duradera amistad de dos pueblos, repetido más tarde en el abrazo del Estrecho de Magallanes, entre Roca y Errázuriz. El señor Rojas ha olvidado todo esto y ordena la historia de nuevo.

No son — ya lo dijimos — las muestras de poco amor a Chile las que más nos preocupan en la obra de "El Santo de la Espada": el señor Rojas es dueño de sus sentimientos. Lo que sí resalta en su libro es un insuficiente conocimiento de la historia, cierto desprecio de la realidad corriente y moliente, desprecio que contrasta en forma aguda con el

tono encumbrado de apología que se ha dado a todo el libro. ¿Hay un propósito deliberado en todo esto? Tal vez no otro que colocar a San Martín a la cabeza de los héroes y genios americanos, como el más puro hombre de Estado, el más valiente general, el más previsor patriota, el legislador más ilustrado. Pero para decir todo esto no es menester confundir nociones obvias de la historia, que son ya del dominio de los chicos de escuela. Y si es necesario ello quiere decir que el historiador no ha dispuesto de documentación suficiente para probar hasta la saciedad lo que afirma, y sobre todo ese cariz mesiánico de su héroe, que parece pugnar con un concepto serio de la historia. El libro del señor Rojas se aparta de ese concepto en no pocas páginas y nada agrega de sólido, es decir, de bien estudiado, a la imagen que tienen formada los pueblos de América del ilustre prócer argentino.

G. Opazo Maturana

Vida Internacional

Defensa de América contra la penetración extranjera

Las advertencias de algunos precavidos que, tanto en Chile como en otros países de América, habían señalado el peligro de la penetración ideológica del nazismo en nuestro Continente, se han visto confirmadas por las declaraciones de un órgano oficial de la prensa alemana al protestar violentamente por las "persecuciones" que sufrieran en el Brasil "y en otros países americanos" las **minorías** germanas.

Motivó tan extemporánea protesta y la afirmación de tan extraordinaria tesis, la medida tomada por uno de los Estados brasileños en el sentido de permitir solamente la enseñanza del idioma nacional en las escuelas públicas.

Se había producido, en efecto, en dicho Estado, — debido a la negligencia de las autoridades, — el hecho insólito de que los alemanes residentes habían logrado alcanzar prácticamente el control de algunas importantes regiones. No funcionaban allí sino escuelas alemanas, en que no sólo no se enseñaba el idioma brasileño, sino que se habían adoptado las medidas necesarias para romper los lazos espirituales y políticos que, naturalmente, unían a esas regiones con la gran nación americana a la cual pertenecían.

El sistema nazi de penetración por medio de la enseñanza en las juventudes, de persecución contra todo lo que no

fuera puramente germano, de boycott a los nacionales residentes, de control absoluto sobre la prensa, de represión de la libertad espiritual, se había instaurado en territorio americano, abusando de la negligencia y dejación de las autoridades.

A raíz del golpe de Estado del Presidente Vargas y de la cristalización en Río de Janeiro de un Gobierno fuerte, las autoridades locales brasileñas se resolvieron a terminar con tan insólita situación y adoptaron las medidas que la más mínima previsión y el más elemental sentido de la nacionalidad aconsejaban. Se recordó a los alemanes residentes que se encontraban en territorio brasileño y que, por lo tanto, debían someterse a las leyes locales en idénticas condiciones que los nacionales.

A tan naturales medidas respondió el órgano oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores del Reich con un violento editorial llamando la atención a los Gobiernos americanos, especialmente al del Brasil, acerca de estas "persecuciones" a las minorías alemanas.

Olvidó el Nacismo alemán que América no es Europa y que los golpes de fuerza y las amenazas no están de moda todavía de este lado del Atlántico. No sólo la prensa del Brasil protestó indignada contra las audaces pretenciones de la Wilhemstrasse. Todos los periódicos americanos, haciéndose eco de las opiniones públicas respectivas, se solidarizaron con tan justificada protesta. El Gobierno de Washington se conmovió de manera muy especial y en círculos vecinos a la Secretaría de Estado se recordó que la doctrina Monroe, en su acepción original, se hallaba aun vigente y que los Estados Unidos no podrían permitir jamás la intromisión en América de influencias políticas extrañas al Continente.

Ante tan unánime protesta el Gobierno del Reich adoptó la actitud que las circunstancias aconsejaban y no insistió en la defensa de sus "minorías".

El hecho presenta, sin embargo, importancia muy especial y debe ser tomado en consideración por todos aquellos Gobiernos que tengan una fuerte inmigración alemana. No podemos aceptar que los emigrantes que han llegado a estas generosas tierras de América en busca de trabajo, que han sido recibidos con los brazos abiertos, a quienes se han otorgado toda clase de facilidades, vengán a transformarse en "minorías" como puede suceder, por muy distintos motivos, en Checoeslovaquia o en Yugoslavia.

No podemos permitir tampoco que en nombre de cierta "unidad espiritual" de los emigrantes con su madre patria, vengán a introducirse en el suelo americano doctrinas políticas exóticas, que tienen por fundamento el desprecio de todo lo nuestro y la exaltación de todo lo germano. Tales doctri-

nas son, por su esencia, contrarias no sólo a nuestra dignidad y a nuestra tradición, sino al espíritu cristiano que formó a los países de este Continente. Permitir su propagación sería un crimen de lesa-patria.

La tragedia de Moscú Casi perdidos entre las noticias de las batallas con nombres ilegibles que se desarrollan en el Extremo-Oriente, de los avances de los nacionalistas en España y de las nuevas hazañas del Führer, llegaron, a comienzos del mes pasado, los telegramas encargados de informar al mundo acerca del nuevo proceso de Moscú.

Stalin iniciaba la tercera limpieza en el paraíso soviético, representando ante la Humanidad horrorizada la burla más grande de la justicia. Deseoso de afianzar definitivamente la dictadura personalista, y bien alejada ya del marxismo puro, que domina en la Rusia soviética, el verdugo del Kremlin decidía "liquidar" al último resto de la oposición que, cosa curiosa y digna de mención, estaba representada por los dirigentes máximos de la Revolución, por los veteranos de Octubre de 1917.

Después de terminar con la oposición izquierdista de Trotzky, representante del pensamiento íntimo de Lenín y que escapó milagrosamente con vida, el misterioso georgiano del Kremlin, que, con razón, se hace llamar "Stalin" — "el hombre de acero" — decidía terminar definitivamente con los revolucionarios de la primera hora y organizaba con este objeto el primer proceso de Moscú.

A fines de 1936, Zinoviev, Kamenev y otros catorce "leaders" del partido comunista y de la tercera internacional eran ejecutados después de un juicio sensacional.

Pocos meses más tarde tocaba el turno a Piatakov, a Se-rebriakov y a una decena de otros revolucionarios.

Pero, en Marzo del presente año, la lista de los opositores juzgados eran aún de mayor importancia. En el banquillo de los acusados tomaban asiento Boukharine, ex-Presidente del Komintern, autor del evangelio soviético y el hombre más capaz de la Revolución; el ex-Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, Rikov; Yagoda, que, por espacio de muchos años, fué jefe supremo de la G. P. U.; los ex-Embajadores Krestinsky y Rakowsky; y dieciseis otros reputados miembros del Partido.

La flor y nata de la revolución rusa era acusada de los crímenes más fantásticos e increíbles. Como en los procesos anteriores, los acusados no vacilaron en aumentar sus culpas y cubrir de cobrios su propia actuación. Si sus declaraciones fuesen verídicas, tan prominentes políticos habrían dedicado

su vida entera al espionaje, al asesinato y al crimen por excelencia del Soviet, el sabotaje.

Estos criminales, “los más depravados entre los depravados” — para emplear los términos del acusador Vychinsky — habrían sido, a la vez, “derechistas”, “trokistas”, “mencheviks”, “socialistas-revolucionarios” y “nacionalistas-burgueses”, todo lo cual es, por lo demás, bastante contradictorio.

Y se vió el espectáculo vergenzoso y horripilante que daban todos los acusados, hombres de inteligencia y de valor, al aceptar tales calificativos y humillarse hasta lo increíble. No sólo se declararon espías de Inglaterra, Japón y Alemania, sino que se acusaron del asesinato de Kirov, Menjinsky y Máximo Gorki, y de haber preparado múltiples atentados contra Stalin.

Vale la pena anotar a este respecto, que varias decenas de personas han sido ya condenadas a muerte en Rusia por el asesinato de Menjinsky, predecesor de Yagoda y creador de la Checa; y que en los últimos procesos todos los acusados se han declarado culpables de la muerte de Kirov, individuo, por lo demás, de segundo plano. En cuanto a Gorki, nadie sabía hasta ahora que hubiese sido asesinado y se atribuía su muerte a la enfermedad y a los años.

Se ha comprobado en este como en los anteriores procesos, que los acusados en su afán de cubrirse de culpas, proporcionaban datos falsos acerca de sus crímenes; declaraban, por ejemplo, haberse entrevistado con Trotzky o su hijo en Estocolmo en un hotel que había sido destruído antes de la guerra; o haber estado en Berlín complotando cuando ha sido comprobada su permanencia ese mismo día en Londres o París.

Y es por eso que los procesos de Moscú son crímenes que claman venganza. Porque no sólo se asesina en nombre de la Justicia, sino porque se obliga a los revolucionarios verdaderos, a hombres que van a morir, a desacreditarse públicamente a sí mismos, a perderse ante la posteridad revolucionaria. Es la burla más sangrienta de toda moral y de todo sentido humano.

¿Cómo explicar hechos tan espantosos? El mundo se ha conmovido a tal extremo que hasta el “Times” de Londres abandonó su indiferencia tradicional para condolerse por la suerte de las víctimas del “hombre de acero”. Los periodistas han hablado en Europa de toda clase de procedimientos que serían empleados para obtener la declaración de los acusados: amenazas de muerte contra los seres que les son queridos; torturas físicas o morales; empleo del hipnotismo o de drogas que aniquilan la voluntad. Ha llegado hasta pensarse en la substitución de los inculpados por agentes de la G. P. U.

hábilmente disfrazados, durante las sesiones públicas del proceso.

Pero, en realidad, nada se sabe de efectivo. Ni el mismo Trozky, que debe conocer a fondo los métodos soviéticos, ha podido proporcionar una explicación satisfactoria.

Sea como fuere, el crimen existe. Sin embargo, no hemos visto conmoverse a las masas obreras como lo hicieron durante el proceso contra Sacco y Vanzetti.

Una revista francesa publica en estos días una trágica fotografía tomada en 1920 a raíz de la reunión del "Bureau" del Partido Comunista: alrededor de Lenin, figuran Yenoukidze, Boukharine, Lachevitch, Kamenev, Preobrajensy, Se-rebriakov, Rykov y Stalin. Sólo el último subsiste. Todos los demás han sido sacrificados en aras de la dictadura personalista del "hombre de acero" del Kremlin.

Como en 1789, la Revolución devora a sus propios hijos.

E. B. C.

Letras

Un joven poeta. La aparición de un joven poeta es siempre una invitación al misterio. Se alza la nueva voz con una ternura llena de aguas hacia los cielos. Hacia los cielos del corazón o de la tierra, pero siempre hasta los altos cielos. Un joven poeta entrega la obra de sus sueños. Recibámosla con la bondad más pura, con la amistad más recogida que tengamos en el pecho.

La siesta de los peces, es el nuevo libro que tenemos entre las manos. Un tomo blanco y verde de Antonio de Undurraga. Un agua limpia y clara en la que reluce el pez verde del título. Abrir este libro es entrar de inmediato en el terreno de los sueños, entre fronteras de viento donde agitadas las apariencias de las cosas están en meditaciones de esencia, de comprensión de su mismo ser:

Cuando Junio, tarde a tarde,
su rojo-durazno en flor
deshojaba entre la mar;
cuando el viento meditaba
si era pez u oropéndola,
¡ya te comenzaba a amar!

El poeta nos dice desde esta introducción al mundo la indecisión de los seres frente a su perfecta afirmación: Junio deshaciéndose entre soles dulces en el centro de la mar; el

viento creándose sueños; sólo él, firme y amoroso, juntando toda su sangre en la flor de su amor.

El interior de su libro, su médula, es la visión libre, despojada de recuerdos ajenos, en perpetua creación divina, de cada instante y de cada ser. Es la seña de tener ojos nuevos, casto corazón y un afán de jugueteo que hace cantar a Tarzanas. Su corteza, digna de ser loada, por la serenidad que nos ofrece, por su clásica apariencia, su viva apariencia tranquila, seduce en cada nueva lectura.

Es una paz, que en los torbellinos de papel difícilmente alcanzamos, la que nos entrega este libro. No una paz de la muerte, sino la pacífica vida de un fuego que medita y está a punto de saber la almendra de la vida. La alindada relación eglógica que nos entrega un verdadero joven y verdadero poeta, Antonio de Undurraga, en el cuenco tembloroso de su libro:

Asambleas de pájaros ya no hospedaba el bosque;
y eran seis bueyes tristes, era la paz del campo
la que en nuestros espíritus lentamente caía;
y el pasto con l'almíbar eterno del rocío,
al pisarlo felices de retorno a la aldea
no sé por qué esa noche le pareció a mi ser
que era un agua divina que a ambos nos bendecía.

R. E. S.

Serafin Alvarez Quintero El encanto se ha roto. Es como si unos de los gemelos del zodiaco hubiese sido raptado. Cambia el aspecto del año. La visión alegre y algo apenada en ocasiones de estos hermanos en su obra, ya no se verá. Es como si cada uno de ellos hubiese puesto únicamente, el uno la alegría y el otro la contemplación filosófica de la vida. ¿Que habrá muerto? La alegría o la pena. Si ha muerto la alegría, la pena será más pena. Si ha adolecido la pena, la alegría estará como turbada hasta su muerte: será menos alegría. El perfecto entendimiento se ha quebrado como una débil varilla. Las voces callarán. Será semejante el silencio al que tendrían los cielos si a uno de los gemelos del zodiaco una nube lo hubiese arrebatado.

Roque Esteban Scarpa

AL TRAVES DE LAS REVISTAS

* "MARITAIN Y LA SUBORDINACION DE LOS MEDIOS AL FIN".—En el último Congreso celebrado por la "A. C. J. F.", el conocido escritor y filósofo Jacques Maritain pronunció un discurso en que abordó diversos tópicos relativos a los medios empleados por los cristianos frente a las circunstancias de la hora. De este discurso, que reprodujeron la "Vie Catholique", del 5 de Febrero último, y los "Dossiers de l'Action Populaire", de 10 de Marzo, tomamos los siguientes acápites principales:

"El problema práctico que hace tiempo parece, en cristiano, el más importante a un buen número de hombres de buena voluntad, es el de que "las cosas humanas deben proteger las cosas divinas". Y el hombre está de tal manera hecho que en cierto sentido esto es muy verdadero; la importancia de los medios humanos frente a la propagación del Evangelio y de la expansión del reino de Dios, no debe ser olvidada. Que las cosas humanas deban proteger las cosas divinas, es pues verdadero; pero ¿es esto lo más importante? Otro problema práctico más importante y que las almas cristianas parecen comprender hoy día cada vez mejor, es el de que pertenece a las cosas divinas proteger las cosas humanas, protegerlas y vivificarlas. ¡Dejad hacer a Dios! ¡Tenedle confianza! Sería mejor que en vez de erigir murallas y atrincherarse tras las obras fortificadas, los cristianos se esparcieran en los campos humanos, que entraran en lo más profundo del mundo, contando con la fuerza de Dios que es la fuerza del amor y de la verdad. Esto es lo que salvará a la civilización, son las cosas divinas las que salvarán las cosas humanas, es el instante en que los medios de defensa humanos de la civilización resultan cada vez más inadecuados frente a las cosas divinas, pues no es con gases asfixiantes, ni bombas incendiarias, ni golpes bursátiles, ni batallas de mentiras, como pueden ser protegidas las cosas divinas.

"La cuestión que aquí se plantea es la cuestión de los medios y de su relación con el fin. Hace tiempo que Santo Tomás de Aquino la ha resuelto en principio, al enseñar que el orden de los medios corresponde al orden de los fines, y que el medio como tal está especificado por el fin al cual está ordenado. Pero fácil es saber estas cosas en teoría y olvidarlas en la práctica. Mientras un socialista como Henry de Man declara que en los medios el fin está ya preformado; mientras un escritor tanto tiempo impregnado de espíritu cientista como Aldous Huxley escribe todo un libro para llamar la atención sobre la locura de querer procurar fines buenos por medios malos, sería extraño que hubiera cristianos que no comprendieran que no sólo los fines propios y sobrenaturales del reino de Dios, sino los fines propios y temporales de la civilización cristiana y del orden social cristiano — real e intrínsecamente cristiano — a cuya preparación estamos llamados, no pueden ser alcanzados sino por medios asimismo cristianos, es decir, justos, es decir verdaderos, es decir, animados, aun los que por necesidad deban ser medios duros, de un verdadero espíritu de amor. Vosotros, mis queridos amigos, habéis comprendido estas cosas.

Habéis comprendido que la Cristiandad se rehará por medios cristianos o que ella se deshará totalmente. En vosotros han encontrado una plena resonancia estas grandes palabras de Pío XI: "La predicación de la verdad no lo ha hecho a Cristo hacer muchas conquistas: lo ha conducido a la cruz. Ha sido por la caridad cómo El ha ganado a las almas y las ha arrastrado a su lado. Nosotros no tenemos tampoco otros medios para ganarlas".

*** LA GUERRA COMO RECURSO ENTRE LOS CRISTIANOS.—**
El Conde Dalla Torre, Director del "Osservatore Romano", diario semi-oficial del Vaticano, ha publicado allí en el número de 23 de Enero último un interesante artículo en que al traer al recuerdo las gestiones del Papa Benedicto XV en favor de la paz internacional, apunta oportunas sugerencias sobre la trágica realidad actual de la guerra y su pretendida justificación por algunos cristianos. Es esta "una realidad — dice — que se impone y nos estrecha en tal forma que, para afrontarla, no basta la convicción de su necesidad, a la cual es necesario aclimatarse a duras penas en la vida. También frente a este mal, se afirma, la sociedad acabará por acostumbrarse, por llegar a ser perezosa, por dormir, por entregarse enseguida al sueño e ilusionarse. Por esto no basta declarar que la guerra es inevitable, es necesario elaborar una teoría, constituir una política, sacar de allí una ética. La teoría del progreso por el esfuerzo, el sacrificio, el arco siempre tendido, aun en el reposo; la política, arte de los intereses, en la que no hay mejor defensa que la expansión y la conquista; la ética del heroísmo y de la gloria. Se ha puesto la mano sobre el Evangelio a fin de demostrar que el Cristianismo — para no ser quietismo inerte, pacifismo egoísta, sino lucha y renunciamiento, explotación del sufrimiento, dominación de la adversidad, divina alquimia que de la muerte destila la vida — que el Cristianismo es guerra. Hay por tanto como una fórmula segura para cambiar la fatalidad de la guerra en una mina de justicia. Y se cita a Santo Tomás. Hay guerra injusta y guerra justa. Es verdad. Pero queda el hecho que aquí el juez es parte o que la sanción precede al juicio. Sin embargo, la política y la ética de la "gran realidad", (la guerra) se refuerzan, toman ayuda de la moral y de la doctrina del amor, de suerte que la "gran utopía" (la paz), se expone a sentirse el error, a bordear la herejía. Pero llevar esta causa ante el tribunal en que el Evangelio es el Código y el Aquinate el procurador general, es algo más: es mezclar la política con la religión, sobre todo, es sustituir la balanza de la justicia a la espada: una pérdida de tiempo torpe y peligrosa... Y bien, en el recuerdo de Aquel que sigue como Padre de los hijos en lucha, según el ejemplo de Aquél que ha recogido y acrecentado su herencia, continuamos inquebrantablemente fieles a la "gran utopía". Lo somos porque creemos en la Redención, en su enseñanza de salud que ha abierto a las almas la vía de la salud para la eternidad, que ha hecho sanables en el tiempo a las naciones. No nos es posible concebir que la palabra y el sacrificio de un Dios por la fraternidad humana hayan sido a su vez una utopía, o que para que no sean una utopía, se tenga necesidad de recurrir a esta violencia a la que Cristo opuso la caridad...".

*** EL MATERIALISMO ESTETICO DE D'ANNUNZIO. —**
Con ocasión del reciente fallecimiento del célebre poeta italiano Gabriel D'Annunzio, Lamberto Lattanzi, en el número de Marzo de la revista "Heroica" de Buenos Aires, ha señalado algunos importantes aspectos de la obra del malogrado escritor:

“D’Annunzio, poeta que había perdido desde temprana edad la religiosidad propia de la niñez, tuvo muy pronto su divinidad: el **Hombre** que, como en una trimurti indiana se subdividió para él en tres formas bien definidas de idolatría: la de la carne, la del Yo, y la del arte. La carne, entiéndase bien, no tanto en la animalidad del instinto triunfante, como en la adoración de todos los sentidos vivientes con un refinamiento realmente excepcional y fascinador en casi todos los dramas y novelas del poeta abruccense.

“Por eso mismo, porque es un temperamento exquisito de artista, él no adora exclusivamente la sádica victoria del instinto, así como la representan con rudo y repugnante realismo los “veristas” franceses del siglo pasado y sus imitadores menores de la actualidad. El primero y más imperioso ídolo al cual el poeta de las “LAUDI” quema el incienso generoso de su juventud es la **Voluptuosidad**, considerada como reviviscencia del paganismo clásico y decadente, aquel que tuvo entre sus cantores más eximios los varios “*porcus e grege Epicuri*” del siglo áureo de Roma. Luego el suyo no es tan sólo el canto a la rebelión de los sentidos contra las leyes divinas y humanas, sino es la búsqueda de las sensaciones estéticas que satisfacen al espíritu en la medida, y **solamente en la medida, en que dan satisfacción al cuerpo**. Materialismo estético como en la obra *La vergine Orsola*, en la cual el poeta demuestra curiosidad solamente por las sensaciones de índole fisiológica: en otras partes, así como en alguna novela célebre de fines de siglo, él es el cantor de la codicia bestial de la sensualidad, extendida, repito, hasta el goce extremado de todas las sensaciones posibles, terrestres, marinas y solares.

“Más encendido que Catulo y Propertio en la adoración de la carne, más pernicioso que Ovidio en la escuela de iniquidad moral, D’Annunzio novelista, históricamente hablando, no ha hecho otra cosa que acentuar por un lado la corrupción moral contenida en las obras de su contemporáneo Lorenzo Stecchetti y por otro la exaltación paroxística, en sentido edonístico y pagano, de los ideales más humanos y de los mitos del gran Josué Carducci.

“Después de todo esto, no debe causarnos extrañeza alguna el hecho de que todas sus novelas y sus obras dramáticas hayan sido puestas en el Index desde tiempo atrás; también están en el Index las “Prose scelte” del mismo Gabriel D’Annunzio y todas las otras composiciones, poesías, prosas y los famosos “misterios” que contienen ofensas para la fe y la moral.

“Pero a nosotros, a decir verdad, poco importa esta faz turbia y asqueante de gran parte del arte danunciano. Las bajezas morales en las cuales gustan regodearse los personajes de sus obras, bajezas muchas veces tales que aun los mismos poetas más invertebrados de la Roma Imperial no las hubieran descrito, son como el lodo de las corrientes fluviales que ni bien las aguas se calman, baja súbitamente al fondo, sin dejar traza de sí. En cambio el segundo aspecto de D’Annunzio como escritor llama nuestra atención por el hecho de verlo revivir, en una u otra forma, también entre escritores católicos, lo que para nosotros resulta más peligroso: el mito del arte por el arte.

“En Gabriel D’Annunzio es esto como una consecuencia del culto idolátrico y báquico que padece del paganismo sensual, cuya manifestación más alta quiere ser la adoración desmedida de la Belleza sensible. Su alma de verdadero y grande artista, advirtiendo inconscientemente en la caducidad de los sentidos y de sus goces la desaprobación abierta de la doctrina de la Voluptuosidad, crea en su irreprimible necesidad de un Absoluto en que creer,

al cual buscar y defender, un ídolo aparentemente superior al ya nombrado: la Belleza. Así los antiguos poetas creían que el culto aristocrático de la *Venus Genitrix*, la "madre" primera de Julio César, fuera substancialmente superior al otro, realmente bestial de la *Venus plebeya*.

"¡La Belleza! ¡Cuánto y cómo la buscó y la cantó D'Annunzio, apasionadamente, desde los primeros años de su vehemente y rebelde juventud; Harto conocida es su búsqueda de cosas bellas, de artísticas melodías, de objetos preciosos, raros y simbólicos; su estetismo ultra-refinado es el más completo y sensacional que quizás los hombres hayan podido ver hasta hoy. Jamás como en él, en nuestros tiempos, se ha realizado el error, el espejismo y también la locura de la fórmula decadentística: el arte por el arte, que ni los más grandes antiguos siquiera conocieran — especialmente los inmortales escultores griegos de la edad periclea — ni los grandes modernos jamás profesaron.

"Pero D'Annunzio creía en este fetiche y lo aplicaba hasta la manía como se puede observar en algunos de sus escritos menores (por ejemplo, cartas) de los últimos años. El conocido aforismo de Gustavo Flaubert: **Un verso hermoso que no dice nada vale más que un verso menos hermoso que dice algo**, lo vemos aplicado al pie de la letra, puede decirse, en la tragedia *Francesca da Rimini*, donde el artificio literario alcanza casi el ridículo con tal de saciar y transfigurar el estetismo dannunciano. "Son palabras y palabras tomadas en sí y por sí — dice un crítico autorizado y por nada sospechoso, el Profesor Russo de Florencia.—**Son palabras amadas y cantadas por su rareza histórica y por su melodía**".

"Superior sin duda alguna al barroquismo literario de los siglos pasados por su especial y finísimo gusto de esteta clásico, D'Annunzio, sin embargo, ha realizado una muy pobre defensa de la tan ponderada teoría artística del epígrafe; sus obras que más adolecen de tal preciosismo son en efecto la más aplastante demostración de que: **si el hombre no es la finalidad de sí mismo, ¿puede el arte que es del hombre y para el hombre ser la finalidad de sí mismo?...**".

I M P O R T A A L O S

ABOGADOS

INDUSTRIALES

EMPLEADOS

OBREROS

C O N O C E R L A

Jurisprudencia de los Tribunales del Trabajo

QUE SE PUBLICA TODOS LOS MESES EN LA REVISTA

‘ ‘ A C C I O N S O C I A L ’ ’

PRECIO DEL NUMERO: \$ 2.—



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

"SERVIDUMBRE HUMANA", por Somerset Maugham. Ediciones "Zig-Zag".—Santiago de Chile, 1938.

Un aire de tristeza, como una neblina rota a veces por el valor del sol, es el clima espiritual de esta novela. Somerset Maugham va desarrollando en los treinta años de vida del protagonista un desencanto, una esclavitud, el dejarse llevar por la corriente de los hechos, sin oponer a toda esta teoría de negación pasional, algo que estando fuera de la vida la encauzara, le diera una razón de ser al hombre y a ella. Hay en toda esta larga novela, como entre líneas, una repetición angustiosa del deseo de Dios, que no está escrita, sino que, estando negada, por esta misma virtud de la negación aparece clara y viva. Esta busca de Dios no escrita hace que la novela se nos aparezca incompleta, como sin terminar, porque nos deja en los umbrales de una nueva existencia del protagonista.

Es imposible no creer que la muerte gloriosa del pastor egoísta y apegado a la vida, después de asombrar a Felipe Carey, no le haga crecer dentro del pecho una angustia ansiosa de conocer esa paz y esa muerte. El que habiéndose imaginado "el amor como un encantamiento que da a todo un aire de primavera" y que esperando "una felicidad estática lo que experimentaba no era felicidad: era un hambre del alma, un deseo doloroso, una angustia amarga jamás conocida", es imposible que no encontrara con toda esta fuerza de su alma una verdadera y definitiva solución al problema fundamental de su vida.

La novela de Maugham, considerable en su tamaño, se lee con agrado a pesar de algún episodio demasiado violento en intención. Sus páginas sobre Toledo y el Greco son de interés. Correcta edición "Zig-Zag".

R. E. S.

"EL JOVEN JOSE", por Thomas Mann. Ediciones "Ercilla", Santiago de Chile, 1938.

Pertenece esta historia del joven José a la trilogía José y sus hermanos, cuyo primer tomo ya hemos comentado en estas páginas. En esta nueva parte de la exégesis bíblica que realiza Mann, cabe agregar a lo ya dicho, el tono de grandeza y la hermosura descriptiva de paisajes, maneras de existencia y valor humano de esta novela construída sobre el antiguo texto.

Debe hacerse resaltar la violencia y la dulzura entremezcladas que nos ofrecen estas páginas, magníficamente traducidas en un lenguaje propio, digno y rico, por el poeta español José María Souviron. Y además es necesario subrayar los aciertos de conte-

nida emoción que el novelista judío nos da en este joven José. Como ejemplo señalemos este episodio de la despedida de Jacob a José: "Ya se ve; el hombre se conduce a veces de una manera que no está de acuerdo con la situación, si la mide con la escala de su conocimiento, mientras que desde el punto de vista de un destino que él ignora todavía, su actitud no parecería sino demasiado fundamentada. He aquí algo que puede servir para consolarnos, cuando, disipadas las tinieblas, sabemos lo que sucedió; así los hombres no debieran jamás decirse adiós a la ligera, para poder, si el caso llegara, decirse: por lo menos "lo estreché una vez más contra mi corazón".

Como todas sus publicaciones en la Colección "Cóndor", "Ercilla" la ha realizado con esmero y limpieza.

R. E. S.

"ANTOLOGIA POETICA DE RAMON DE CAMPOAMOR", Ediciones "Zig-Zag". Santiago de Chile, 1938.

Campoamor es lo malo de su siglo: su ñoñez, ramplonería y esencia de lo cursi. Todo esto repartido en versos de album que algún día llamaron suspiros a las bocas. Muchas veces, al leer páginas y páginas de sus libros titulados: "Ternezas y flores" y "Ayes del alma", el lector de hoy, desesperado de no encontrar alimento a su sensibilidad alerta y viva, piensa en el aire del siglo, un aire lento que animaba pausadamente, lánguidamente los corazones, y reflexionando renuncia a juzgar lo que está lejano de su manera, de su ritmo, y cree que los muertos libros no han de resucitar de sus sepulturas de las bibliotecas. Tiempo vendrá que el hastío lleve a entender ingenuidad donde hoy aparece una cursilería llena de moñas y lágrimas escondidas. Será entonces el tiempo de "este del cabello cano como la piel del armiño: don Ramón de Campoamor.

Lleva este libro editado limpiamente por "Zig-Zag" prólogo y trabajo antológico de Norberto Pinilla.

R. E. S.

"SAN GABRIEL DE VALDIVIAS", por Mariano Azuela. Ediciones "Ercilla". Santiago de Chile, 1938.

Estamos en lectura de una novela extraordinaria, de gran viveza, de colorido de manta, de cielo mexicano. Es esta novela de Mariano Azuela, autor de "Los de abajo", una novela de la revolución, de los fines de una revolución hecha, de la eterna revolución que resta cuando ha habido una revolución. En esta visión natural de un pueblo, encuentra el lector cierta desesperanza, que le hace entender en todo el tejido de luchas, rencores y firme apego, una comedia ("Comedia inicua" dice uno de los personajes) hecha con la sangre y la voluntad vencida del campesino.

Es además "San Gabriel de Valdivias" una bella pintura de tipos mexicanos, una vista original, viva y llena de color, de la aneión del hombre a la tierra que ha trabajado durante su vida, que por amor a ella sacrifica hasta la misma entraña de la libertad.

R. E. S.

**“LOS TROFEOS”, por José María de Heredia. Ediciones “Ercilla”.
Santiago de Chile, 1938.**

Una versión castellana de la obra del poeta cubano de nacimiento y francés de adopción y lengua, José María de Heredia, nos pone en nuestras manos “Ercilla” por medio de la obra realizada por el eminente polígrafo Max Henríquez Ureña.

La dificultad de una versión de poeta tan preciso y trabajado como Heredia la ha salvado Henríquez Ureña con propiedad. Sus notas aclaratorias y eruditas son inestimable ayuda al que desea comprenderse de las influencias y maneras que el poeta de los trofeos, tuvo en el curso de su labor literaria.

Este libro está presentado en una correcta edición de “Ercilla”.

R. E. S.

“POETAS Y POEMAS”, por Clarence Finlayson. Ediciones Revista Universitaria. Santiago de Chile, 1938.

Clarence Finlayson que tan diversos temas filosóficos ha dado a la estampa con aplauso de los entendidos, nos muestra ahora una interpretación y una presencia de seis poetas: cuatro chilenos y dos españoles. Compatriotas que son estudiados con amplitud de visión y extranjeros de nuestra propia lengua, con amor. Gabriela Mistral, Angel Cruchaga, Pablo Neruda, Rafael Gandolfo, Luis Rosales y Jorge Guillén.

De estos estudios y presentaciones nos detendremos en la brevedad de nuestro espacio a considerar, fuera de preocupaciones formales, el espíritu de uno de estos ensayos y la trascendencia de dos muestras poéticas.

Pablo Neruda, discutido y censurado poeta nuestro, halla en Finlayson el perfecto comentarista. Aproximado a la obra nerudiana simpáticamente, ha realizado nuestro ensayista una interpretación cordial, precisa, justa de contornos y en lo posible, dada la materia de estudio, inquieta y en movimiento podríamos decir, acabada. Es el primer y único intento serio de compañía que le han hecho al mayor de nuestros poetas y es digno de hacer recalcar que ha procedido de filas católicas su defensa e interpretación poética.

Finlayson presenta a Rafael Gandolfo en su libro. Una labor silenciosa, breve en extensión es la de Gandolfo. Una obra puramente poética, por creadora cristiana y por cristiana creadora. Labor de un alma en angustia de creación que ha podido decir, serenamente, su deseo de “subir por el reverso de la muerte”. Gandolfo es en este libro de poesía la sorpresa y luego, el conocimiento de nuestro mayor poeta cristiano.

Luis Rosales se nos presenta con una antología que dice la enjundia de su poesía. El poeta español de Abril, condensa en sus poemas, toda la ternura quemante de su religiosidad ansiosa del Dios vivo. Poeta de ahora y de siempre lleva en el discurrir brillante de su río de imágenes el oro de la verdad.

Con esta presentación y crítica cordial, Finlayson ha realizado una obra digna de aplauso.

R. E. S.

“EL CARAMILLO DE OTOÑO Y OTROS POEMAS”, por Felipe Sassone. Ediciones “Zig-Zag”, Santiago de Chile, 1938.

Un gran éxito como charlador puso de actualidad en los últimos meses del año pasado la figura de Felipe Sassone. Este año también se inicia con la publicación de un libro de versos del escritor peruano. Pero, desgraciadamente, su libro de poemas guarda las mismas cualidades del charlador: pedantería insufrible y exceso de palabra cubriendo un contenido vital pobre y manoseado.

“El caramillo de Otoño” es un libro de versos prosaicos, una antología de la obra sassoniana, en la que se advierte uniformidad de estilo en los diecisiete años que abarca, o lo que es lo mismo, una insuperación, un quedarse con las mismas maneras, un retocar discos viejos y carraspietos, por usar una palabra tan querida en sus versos por Sassone.

Este libro editado por “Zig-Zag” no es un libro de poesía porque en él no se halla ningún verso ni una imagen decente. Y en esta cuestión de las metáforas no se hace alusión a modos o maneras de esta época, porque no es una cuestión de época, sino de algo permanente en la lírica, de algo medular que hace que Neruo perdure y que Darío viva por algo más que por reformas métricas.

R. E. S.

“LOS HOMBRES-ESTRELLAS”, por H. G. Wells. Ediciones “Zig-Zag”. Santiago de Chile, 1938.

El éxito habitual de las obras de Wells responde a su aparato de cientifismo que le hace una apariencia de profundidad y seriedad, muy agradable a los ojos del vulgo. Esta nueva publicación del autor inglés, aprovechando el tema tantas veces tocado de los habitantes de Marte, lleva a través de las mentes desquiciadas de un escritor, un ginecólogo y un filósofo lisiado, a especulaciones de aparato científico, que ni tienen la gracia de la amenidad.

La obra de los hombres estrellas guarda una ironía desagradable y un espíritu anti-religioso que hace inaceptable su lectura.

Limpia edición de “Zig-Zag”.

R. E. S.

“SUPERVIVANT (MANALIVE)”, por G. K. Chesterton.—Traducción al francés de M. Rouneau.—Desclée de Brouwer, Colección “Les Iles”.—París, 1937.

Novela de trama graciosísima y original que se desarrolla en una pensión londinense de clase media. Expone en ella el autor la posibilidad que aun existe en nuestro mundo de vivir con alegría para quienes, como el protagonista de su obra, sepan distinguir entre las convenciones y los mandamientos. Inocente Fevre, tenido por loco, demuestra prácticamente la tesis cometiendo una serie de “delitos” en relación a lo convencional pero sin violar jamás un verdadero precepto moral o legal. La novela, como todas las demás de Chesterton, une a la amenidad en la trama y en la descripción de los personajes, observaciones profundas y llenas de enseñanza. Aparece en ella la fantasía fresca y al mismo tiempo real de “El Club de los negocios raros” con la exposición de verdades de “Ortodoxia” y “El hombre eterno”.

J. Ph.

“HISTORIA DE RUSIA”, por N. Brian-Chaninov.—Editorial “Letras”.—Santiago de Chile, 1938.

La Rusia misteriosa y trágica, enigma prolongado al través de los siglos, sirve de tema a esta obra histórica de particular relieve. Desde los tiempos primeros de la Edad Media en que Kiev rivaliza en lujo y riqueza con la imperial Bizancio, desde el despertar político de la cuenca del Volga y la invasión mongólica, que inclina el destino de Rusia a la cultura oriental, hasta el despertar y hegemonía de los príncipes de Moscú que se proclaman al fin herederos y continuadores del fenecido imperio de Constantinopla; desde el advenimiento al trono de los Zares de Miguel, el primer Romanov, en 1613, y el ostensible acercamiento de Rusia a la vida de occidente con Pedro el Grande, hasta el derrumbe de la monarquía y el estallido de la revolución comunista, todo es narrado por el autor en forma por demás atrayente y fidedigna. Se viven instantes de emoción en estas páginas sobrecargadas de leyenda y tragedia. Es la historia rusa mística, enigmática y sombría, como saben serlo los maravillosos íconos de sus templos y monasterios. Y ese espíritu atormentado, dolorido y supersticioso, que distingue a este pueblo singular, de más raíz asiática que europea, aparece con sugestivo realce en la interesante obra de Brian-Chaninov.

J.

“ZOLA”, por Henry Barbusse.—Ediciones “Ultra”. — Empresa “Letras”.—Santiago de Chile, 1938.

La generación que vibró apasionada con las obras del célebre Emile Zola, ha llegado ya a los setenta años. Hoy día, entre catarros y reumas, contempla con asombro la juventud moderna, cuya libertad e insolencia le parecen signos de descomposición. No ha logrado advertir esa vieja generación que la semilla sembrada por ellos ha fructificado generosamente.

Barbusse, el recio escritor francés, llevado quizás más por razones políticas que por comuniones artísticas, ha pretendido codificar el programa de la escuela naturalista que encabezara Zola. “El Renacimiento — escribe — fué un retorno a la Naturaleza y al hombre después de la dictadura teológica de la Edad Media, que sembraba de tinieblas todos los caminos... La Reforma fué, originalmente, en la misma época, un esfuerzo paralelo hacia la libertad de examen, es decir, tanto como el proceso directo de una Religión pueda permitirlo, hacia el tribunal humano”. Más adelante agrega: “La santa trinidad académica: Verdad, Bien y Belleza, quedó deshecha para siempre: la ajada Verdad — que durante tantos siglos paseó desde lo subjetivo a lo objetivo — perdió la dignidad de su nombre”.

Sin embargo, como curiosa anotación, el propio Barbusse deja de entonar loas a su maestro, cuando éste opina algo que le contradice. Tal ocurre, por ejemplo, en lo que se refiere a la actitud de Zola frente al ejército y a la guerra.

El libro está escrito en un estilo artificial, con ribetes de avanzado, que lo hace pesado como pocos. La traducción, en cambio, es buena y la edición correcta.

R. B.

INDICE

PAG.

“NOTAS EDITORIALES”:

| | |
|--|----|
| “Nuestra trágica realidad social” | 2 |
| “EL PRINCIPIO DE NUESTRA UNIFICACION”, por Rafael Gandolfo | 8 |
| “PASION DE MI SEÑOR”, por Roque Esteban Scarpa | 16 |
| “EL SALARIO FAMILIAR ¿ES DE JUSTICIA CONMUTATIVA?”, por Eduardo Hamilton | 22 |
| “EN TORNO A LA CUPULA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA”, por Alfredo Lefebvre | 30 |
| “ENEMIGOS PUBLICOS”, por Luisa Lira | 43 |
| “EL PENSAMIENTO EN EL MUNDO”: | |

| | |
|--|----|
| “Reflexiones sobre el espíritu católico” | 47 |
|--|----|

“IDEAS Y HECHOS”:

Historia: “Una nueva vida de San Martín”, P. 53.

Vida Internacional: “Defensa de América contra la penetración extranjera”, P. 57. — “La tragedia de Moscú”, P. 59.

Letras: “Un joven poeta”, P. 61. — “Serafín Alvarez Quintero”, P. 62.

“AL TRAVES DE LAS REVISTAS”:

“Maritain y la subordinación de los medios al fin”, P. 63. — “La guerra como recurso entre los cristianos”, P. 64. — “El materialismo estético de D’ Annunzio”, P. 64.

“NOTAS BIBLIOGRAFICAS”:

“Servidumbre humana”, por Somer Maugham, P. 67. — “El joven José”, por Tomás Mann, P. 67. — “Antología poética de Ramón de Campoamor”, P. 68. — “San Gabriel de Valdivias”, por Mariano Azuela, P. 68. — “Los trofeos”, por José María de Heredia”, P. 69. — “Poetas y Poemas”, por Clarence Finlayson, P. 69. — “El caramillo de otoño y otros poemas”, por Felipe Sassone, P. 70. — “Los hombres-estrellas”, por H. G. Wells, P. 70. — “Supervivant”, por G. R. Chesterton, P. 70. — “Historia de Rusia”, por N. Brian-Chaninov, P. 71. — “Zola”, por Henry Barbusse, P. 71.

ABRIL DE 1938

LEY 4054

A LOS PATRONES Y ASEGURADOS DEL PAIS:

Desde Enero, la Caja de Seguro Obligatorio ha puesto en vigencia las siguientes medidas:

A. Como primera etapa de la descentralización en que se encuentra empeñada la Superioridad, se han constituido en todas las provincias, los **Consejos de Cooperación de la Ley 4054**, con representación tripartita, Patronal, Obrera y del Estado, que tendrán intervención en la construcción y administración de poblaciones, en el régimen de inversiones locales y en el control de los servicios. Además, como consecuencia de esta política descentralizadora, el **canje de libretas**, que antes se hacía sólo en Santiago, se hará también en lo sucesivo en provincias.

B. 1.º La inscripción y la entrega de duplicados de libretas, sólo durará diez días, en vez de 30 como ha sucedido hasta ahora.

2.º La devolución de imposiciones y la concesión de pensiones de invalidez y de vejez se hará en 20 días, en lugar de 60.

3.º Las rectificaciones de inscripción y el reconocimiento de imposiciones pagadas a la Caja por los patrones, demorarán 10 días, en vez de 40 como en la actualidad.

C. Nuevo sistema de estampillas. Habrá una estampilla única para facilitar la aplicación del Decreto 308, de 31 de Mayo de 1937, en la cual va claramente especificado el monto de la cuota patronal y el de la cuota obrera, en relación con las distintas zonas. Las libretas llevan, también, una tabla para facilitar el cálculo de las imposiciones.

D. Atención judicial gratuita para los asegurados. A partir de esta fecha, los Consultorios Jurídicos del Colegio de Abogados de todo el país atenderán sin costo alguno para los asegurados todos los asuntos que les interesen, sean de jurisdicción voluntaria o contenciosa.

TALLERES "CLARET"

Diez de Julio 1140. Santiago.

Precio \$ 3.-

